

EL TESORO  
DEL HOLANDÉS  
Y  
LOS BUSCADORES  
DE TESOROS



PÍO BAROJA

Lectulandia

Los dos relatos de Baroja que se publican en este volumen tratan de creencias fantásticas respecto a lo desconocido. Por la primera historia, *El tesoro del holandés* (1939), desfilan entes de ficción tan pintorescos como el poco sociable holandés Wan-Hoff o su criada Cathaliñ, mujer que tiene «algo de bruja»; y por *Los buscadores de tesoros* (1941), el neurasténico doctor Zubizarreta o el «mitómano» Teófilo Ibiricu.

He aquí, pues, dos relatos en donde pululan peculiares personajes del mundo literario barojiano, narrados con un estilo natural o de «tono menor», uno de los atractivos que estimulan siempre la lectura de las obras del gran escritor vasco.

Lectulandia

Pío Baroja

# **El tesoro del holandés y Los buscadores de tesoros**

ePub r1.0

Titivillus 12.11.15

Pío Baroja, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Introducción

Por Miguel Ángel García de Juan

Los dos relatos de Pío Baroja que se publican en este volumen: *El tesoro del holandés* y *Los buscadores de tesoros* pueden considerarse, a pesar de la dificultad de establecer fronteras infranqueables entre los géneros y subgéneros literarios, más dentro de la variedad narrativa llamada novela corta que incluidos en el terreno del cuento. Y es que, mientras las creaciones artísticas de Baroja correspondientes a esta última variedad, y los cuentos en general, alcanzan un número de páginas que no llega ni se acerca a las dos docenas, las novelas cortas comprenden aproximadamente de treinta a cien. Si se pasa a contrastar el contenido, se apreciará que, frente a la tensión mantenida en el cuento, en la «nouvelle» hay momentos de distensión; además, en la novela breve el número de personajes es mayor, la acción se desarrolla en más espacios y la historia tiene una duración más prolongada. He aquí, pues, dos novelas cortas del autor vasco escogidas de entre las más de veinte que escribió y que, a diferencia de lo que sucede con los cuentos, no están hoy al alcance de la mayoría de los lectores, al encontrarse editadas únicamente en algunos de los volúmenes de las obras completas de don Pío publicadas hace ya muchos años por Biblioteca Nueva o recientemente por el Círculo de Lectores.

La elección llevada a cabo entre la serie de novelas cortas que tiene como primer eslabón *La dama de Urtubi* (1916) obedece a que, por un lado, ambas enmarcan sus historias en el País Vasco (una en la costa y otra en el interior), las dos giran en torno a tesoros, en *El tesoro...* y en *Los buscadores...* se utiliza la narración dentro de la narración, y una y otra, aunque establecen vínculos con el mundo real conocido de cerca por el autor, alcanzan un alto nivel imaginativo. Por otra parte, ambas novelas cortas se publicaron consecutivamente, es decir, la primera se estampó en febrero de 1939 y la segunda, sin que ninguna otra saliera a la luz entre ellas, en enero de 1941.

En cuanto al tiempo y lugar de la escritura de estas obras, no existen datos que indiquen con seguridad dónde y cuándo se imaginaron y redactaron. Es cierto que René de Berval, con quien tuvo frecuente relación Baroja en París, afirmaba en un artículo publicado por el semanario mexicano *HOY* el 5 de agosto de 1939 que *El tesoro del holandés* había sido escrita en Francia durante el exilio. Sin embargo, la enorme diferencia de contenido respecto a *Susana y los cazadores de moscas* y *Laura o la soledad sin remedio*, novelas con seguridad creadas en el país vecino durante la guerra civil española, hace muy difícil no dudar de que lo afirmado por De Berval se ajuste a la realidad. Por lo tanto, parece muy verosímil que don Pío hubiera escrito esta novelita tiempo atrás, en la época en que compuso la tetralogía de «el mar» (1910-1930) con la que tiene notorio parentesco, y fuera enviada desde Vera de

Bidasoa o desde París a Sevilla, donde se publicó por «La Novela del Sábado» el 11 de febrero de 1939. Si se pasa a examinar ahora el tiempo y lugar de escritura de *Los buscadores de tesoros*, se llega a una conclusión semejante a la que se acaba de exponer: es muy poco probable su escritura durante los años de exilio de Baroja porque en su contenido no hay ninguna relación con la última guerra civil española ni con el París de aquellos años, vinculación que se establece reiteradamente en las historias de *Susana...* y *Laura...* Dos pistas no muy seguras pueden seguirse para intentar ubicar *Los buscadores de tesoros* en cuanto a su tiempo y lugar de creación y redacción; en primer término las palabras del propio autor en su libro autobiográfico *Aquí París* respecto a que, cuando fuera a establecerse durante un tiempo en Bayona en abril de 1940, antes de entrar en España el mes siguiente, tenía pensado, para no aburrirse, redactar alguna novela o, al menos, elaborar su trama; la segunda pista igual de incierta la ofrecen las palabras que dirige a Eduardo Ranch Fuster en una carta fechada en Madrid el 19 de diciembre de 1940 a propósito de que no puede extenderse más en su contestación porque está escribiendo dos novelas y no quiere «perder el hilo de la narración». Después de todo lo expuesto, hay que llegar a la conclusión de que con los datos de que se dispone hasta el momento no se puede satisfacer con seguridad la curiosidad de saber cuándo y dónde fueron ideadas y escritas las dos novelas cortas que se publican aquí.

Centrándonos ya en la lectura de *El tesoro del holandés* (cuyo título evoca la leyenda de *El holandés errante*), se desprende de ella que su autor pretendió burlarse de las creencias y opiniones sin fundamento de no pocas personas.

El narrador primero de esta historia, aquel al que se oye hasta el capítulo v y retoma la voz en el XIX, cuenta cómo, recién acabada la segunda guerra carlista, Juanito Amezolagoyena y el cochero Eceizabarrena, apodado Rip-Rip, son comisionados por el rico minero Eduardo Echeverri para que consigan satisfacer su afición al coleccionismo con la adquisición de cuadros y libros antiguos. Buscando, pues, antigüedades sufren un accidente en su coche de caballo y han de quedarse en el pueblo más próximo mientras se repara. En Mendoz, este imaginario pueblo de la costa (creado probablemente por Baroja a partir de varios, como hizo con Lázaro en *Las inquietudes de Shanti Andía*), se encuentra la casa de Polanco, donde se hospedan y de la que les dicen que el dueño, Pachi, es bisnieto del holandés, quien llegó allí por el mar hace muchos años. A la mañana siguiente, Amezolagoyena se encontró con don Fructuoso, médico del pueblo y conocido suyo, con quien acuerda ir a comer a la taberna del Chipirón.

Reunidos a comer el médico, el cura, Amez y Rip-Rip, el primero relata en la sobremesa la historia del holandés Wan-Hoff, llegado a Mendoz hacía cien años. En realidad la historia se la cuenta don Fructuoso a Juanito Amez y al cura, pues Rip-Rip se va a dormir antes de que lleguen las cinco, hora a la que han de marcharse del pueblo los dos buscadores de antigüedades. Este segundo narrador cuenta desde el capítulo VI hasta el XIX que hacía un siglo había arribado una urca con bandera de los

Países Bajos de la que desembarcó un marinero holandés de unos cuarenta años llamado Wan-Hoff. Al poco tiempo llegaron también su mujer doña Berta y su hija Margarita. Dada la capacidad del holandés para descubrir filones de minas, pues había trabajado en este campo, fue nombrado director de la empresa minera del señor Avendaño. Había quienes decían que los descubrimientos se debían en realidad a un marino de Zumaya que tenía una pierna de palo de sobrenombre «*el Desesperado*», a quien el holandés contrató para que lo ayudara en su puesto profesional y quien después sería un leal amigo. La explotación minera prosperó mucho, entre otras razones por la exigencia de Wan-Hoff a los obreros, a los que despedía si no rendían en su trabajo, con lo que se ganó bastantes enemistades, algunas de ellas las de Tritón Galerna y «*el Cartagenero*».

Pasado un tiempo, el holandés se retiró de las minas y se fue a vivir a la casa de Polanco, donde ahora, cien años después, vive su bisnieto Pachi con su mujer, su madre y su abuela. En esta casa, un hijo estudiaba para cura y se enamoró de Margarita, quien contaba entonces diecisiete o dieciocho años, pero esta relación no era del agrado de Wan-Hoff, así que se llevó a vivir a toda la familia a la casa de la atalaya del pueblo. Para atenderla contrató a Catalina o Cathaliñ, mujer que «resultó un poco bruja» y que «tenía algo de exótico, quizá de gitana o de agote». Como doña Berta y Margarita vivían a disgusto en la atalaya, decidieron trasladarse al pueblo, a la casa de Olan. (Ahora don Fructuoso se detiene a narrar la historia perfectamente prescindible de la llegada al pueblo de un primo segundo de Margarita llamado Roberto, entre los cuales surge una relación sentimental. Pero este pariente del holandés, teniente de un barco corsario, es llamado a incorporarse a su goleta y concluye la relación entre los dos primos: capítulos: XI-XIII.) Un día se presentó en la atalaya un sobrino de Catalina, Tomás, para que esta le encontrara algún «modo de vivir», trabajo que halló al contratarlo Wan-Hoff a su servicio. Al holandés, acosado por Trifón Galerna y el Cartagenero, se le va agriando cada vez más el carácter y llega a su nivel máximo cuando un día se presentan en la atalaya su mujer, su hija y Miguel Polanco para que diera su consentimiento al matrimonio de Margarita con este último, lo que aceptó con destemplado malhumor. Después de marcharse doña Berta y los dos jóvenes, contó a Catalina y a su sobrino que tenía unos tesoros escondidos, les enseñó lingotes de oro y de plata y les prometió mostrarles lo que guardaba en un lugar imposible de descubrir. Una noche Wan-Hoff, el Desesperado y Tomás fueron a recoger el tesoro escondido con el fin de subirlo a la casa de la atalaya, y, para celebrar el éxito bebieron sin medida. De pronto, Catalina le dice al holandés, tratándole sin ningún respeto, que les enseñe todo lo guardado en las cajas subidas de la playa, porque si no lo hace lo denunciará. Insiste en que se lo muestre y añade que ahora quien manda allí es ella. Pero el holandés, dando prueba de su astucia, anima a seguir bebiendo aguardiente a Catalina y a su sobrino hasta que caen en un profundo sueño. Inmediatamente prepara Wan-Hoff con la ayuda del Desesperado la huida de Mendoz, al amanecer. Así, de madrugada, ellos dos y

Tomás, al que despertaron para que los acompañase, huyen con el tesoro en un balandro: «Nunca se supo más de ellos», pero en el pueblo corrían opiniones de todo tipo sobre el tesoro y respecto a la fuga del holandés.

En el capítulo decimonoveno y último el primer narrador vuelve a tomar la palabra para cerrar la historia-marco: «Era la hora de marcharse, y Juanito Amez y Rip-Rip, que había aparecido después de devorar una ración de sueño, se despidieron del cura y del médico, don Fructuoso, y subieron al coche».

Como se ha dicho más arriba entre paréntesis, el autor debió de inspirarse para crear el pueblo de Mendoz en las mismas localidades de la costa vasca que le sirvieron para inventar Lúzaró de *Las inquietudes de Shanti Andía*. Cuenta don Pío que, cuando escribía esta novela, hizo un viaje por la costa para ver algunos pueblos que aún no conocía: «Zarautz, Getaria, Deba, Zumaia, Lekeitio y Ondárroa». Pues bien, distintos barrios, rías, puertos, playas, acantilados... pasaron a formar parte del pueblo de Mendoz, singularmente Zumaia, en donde se halla el alto de san Telmo, y puerto el de esta localidad vasca al que llegaban embarcaciones holandesas para comerciar con España.

Pero la inspiración de don Pío en la realidad no solo es de tipo geográfico sino también respecto a los personajes, pues en el volumen segundo de sus «memorias», escribiendo sobre su infancia recuerda que en San Sebastián, cerca de la casa de su tía Cesárea: «Otros marineros andaban por las calles y por el puerto: El *Cartagenero*, el *Griego*, el *Holandés* y demás», dos de ellos presentes en *El tesoro del holandés* o, al menos, sus sobrenombres.

Dos son también los rasgos más sobresalientes del arte literario de Pío Baroja que destacan en este relato, peculiaridades que, por otro lado, no se repiten como aquí en la novela corta que sigue a esta: *Los buscadores de tesoros*. Se trata de las descripciones de paisajes y de los momentos de notorio humor.

Las pinturas de espacios exteriores del mundo rural vasco llegan a sobrepasar una página con el fin probable de lentificar el acelerado ritmo de los acontecimientos de la narración; así ocurre con la detallada descripción de Mendoz en el capítulo segundo y con la del acantilado que recorre Juanito Amez en la mañana del día posterior al accidente del coche (capítulo IV).

En lo que concierne a las situaciones en que se hace presente lo cómico en esta novela corta, estas van desde el chiste fácil del párrafo octavo de la narración-marco: «Se llamaba Juan Pedro Amezolagoyena y Carricaburuaundia, lo que era excesivo para una época en la que se empezaba a decir que el tiempo es oro», hasta cuando Catalina, al ver que doña Berta no se inmuta con la noticia de que su marido se ha marchado inesperada y precipitadamente de Mendoz, contesta airada: «Pero ¡es que se han llevado el tesoro! ¡Se han llevado el tesoro! ¡Los muy ladrones! ¡Sin dejar nada!», pasando por el efecto grotesco de la pata de palo del Desesperado, quien «afirmaba que era mil veces mejor que la otra, pues jamás le dolía por el reuma».

*Los buscadores de tesoros*, como *El tesoro del holandés* (título que recuerda a la

novela del mismo nombre de W. Irving) y otras narraciones de Baroja con geografía inspirada en España o fuera de España (*Los espectros del castillo*, por ejemplo), tiene asimismo por finalidad la crítica de las supercherías y creencias sin sentido. A tal fin redacta don Pío una historia en la que un médico de San Sebastián cuenta lo que le refirió el doctor Soráiz, que, a su vez, le había relatado el médico de su pueblo don Domingo Zubizarreta, cuando fue a visitarlo veinticinco años atrás (ahora tiene alrededor de cincuenta) a petición de este, para que le diera su opinión respecto a una dolencia cardíaca que sentía.

Don Domingo contó, en efecto, al joven doctor Soráiz las fantasías de algunas gentes de aquel pueblo situado en la comarca guipuzcoana de Aitzgorri, insensateces que comprenden desde el milenarismo hasta la existencia de tesoros ocultos. A don Domingo quien más le inquietaba era Teófilo Ibiricu, don Teo, apodado también *el Director*, un «personaje mitómano [que] inventaba historias y creía en ellas. Se manifestaba naturista y teósofo, partidario del sistema del abate Kneipp [Kneip en el texto], que entonces comenzaba a estar en boga». Le molestaba la influencia que este individuo ejercía sobre la madre y la hija de la casa donde se hospedaba, en especial sobre la segunda, por la que don Domingo se sentía atraído.

Entre los amigos de don Teo se encontraba Anchoca el afilador (que será protagonista de un artículo y de una posterior novela corta titulada *Marcos el del molino*, 1942), personaje que pone a aquel en contacto con un descubridor y señalador de tesoros llamado Gorri. Después de visitar antes el tesoro que este tiene marcado en el monte Pagasarri, se dirigen allí el mencionado Gorri, don Teo, Anchoca y el encargado del caserío de Pagogaña, en cuyos dominios se hallaba el supuesto tesoro. Gorri se introduce en el túmulo en el que pensaba que se encontraba el tesoro y muere dentro. Hubo algún intento más tarde de otras personas de hacerse con él pero fue en balde, y la quimera cayó en el más completo olvido.

Don Teo, organizador de la expedición en que murió el señalador de tesoros Gorri, tuvo que irse del pueblo, pero volvió y acrecentó su influencia sobre doña Dolores y su hija Paz, frente a lo cual don Domingo se sentía incapaz de «defenderse, y se aisló, se amilanó y fue acoquinándose por completo», hasta que confesó a su joven compañero el doctor Soráiz la atracción que sentía hacia la joven Paz. Entonces, Soráiz hizo de intermediario y la hija de doña Dolores lo aceptó por marido. Al despedirse este médico le dijo a su colega Zubizarreta: «Vamos don Chomin, que usted también es un buscador de tesoros, y ha tenido usted la suerte de encontrar uno».

La novela se cierra con palabras del doctor Soráiz, es decir, con las del segundo narrador; por tanto, Baroja parece que se olvidó de que la novela tenía un narrador primero, descuido o ¿recurso? relativamente frecuente en don Pío.

Pero lo reiterativo en el escritor vasco no atañe solo a la forma de sus obras sino también a su contenido. En efecto, la mencionada más arriba ridiculización de ciertas creencias o la presencia de médicos narradores o no es algo recurrente en sus

creaciones literarias. Galenos, además, a los que relaciona imaginariamente con su forma de ser, pensar o vivir. Así el primer médico no cree en las fantasías que están en boga, el segundo (que tiene veintitrés años, como Baroja, cuando empieza en Cestona a ejercer la medicina rural) rechaza las creencias espiritistas y el tercero, don Domingo, es huésped en la casa de doña Dolores, nombre de la señora en cuya pensión vivió don Pío en la mencionada localidad guipuzcoana entre 1894 y 1895. Por otro lado, la vivienda de doña Dolores recuerda en alguna medida la de Vera de Bidasoa del escritor: «La casa donde vivía el médico amigo mío [Domingo Zubizarreta], la casa de Legazpia, era bastante grande, tenía delante un jardincillo enlosado, con hierbas que bordeaban las losas, y a los lados de la entrada, algunos árboles altos y delgados, quizá por falta de aire y de luz, y dos escudos en la fachada».

Es verdad que estas hasta cierto punto descripciones largas de espacios exteriores no abundan en *Los buscadores de tesoros*, a diferencia de lo que sucede en *El tesoro del holandés*, sin embargo, tanto en una novela corta como en la otra se repiten las que dibujan el aspecto físico o (e) interior de los personajes como esta del doctor Soráiz: «El médico era hombre alto, con cabeza redonda, un poco juanetuda, aunque correcta; los ojos azules claros y la expresión burlona», médico este del que, dicho sea de paso, afirma el primer narrador que es una persona «joven» y poco después, al comenzar el segundo capítulo, que tiene unos cincuenta años; distracciones no infrecuentes en cualquier novelista, no solo en don Pío.

Por lo que respecta al estilo de esta y la anterior novela corta, ambas han sido construidas con párrafos y oraciones breves; con el respeto, por lo general, al orden habitual de las unidades gramaticales en español; con un léxico común, y con un moderado uso de figuras retóricas; es decir, se corrobora una vez más en estos dos relatos la expresión literaria en «tono menor» que guio a Pío Baroja en su trayectoria de escritor, «tono menor» o estilo natural que es y seguirá siendo uno de los principales responsables del atractivo de sus obras desde que empezaron a publicarse.

**Miguel Ángel García de Juan**

## Nota a la edición

Esta impresión de *El tesoro del holandés* y *Los buscadores de tesoros* coincide con la del volumen XII de *Obras completas* de Pío Baroja, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999. La referida estampación sigue la edición segunda de ambos relatos publicados por la madrileña Hesperia en 1941, sin que se desatiendan las primeras ediciones en «La Novela del Sábado» (Sevilla, febrero, 1939) ni en «Escorial» (Madrid, enero, 1941), respectivamente. También se han tenido presentes las posteriores del volumen VII de las *Obras completas* publicadas por Biblioteca Nueva, Madrid, 1949. Cotejadas todas las ediciones mencionadas, se confirma que las principales diferencias entre la primera estampación de *El tesoro del holandés* y las siguientes son la corrección de ciertos errores y el añadido de algunos párrafos como los dos que se agregan en el capítulo séptimo (párrafos que llamativamente faltan también en Biblioteca Nueva). Por lo que se refiere a las discrepancias entre la primera y siguientes de *Los buscadores de tesoros* hay que decir que las dos más significativas son la división en párrafos cortos de los largos y la inserción de títulos al comienzo de los capítulos.

PÍO BAROJA

el  
tesoro  
del  
holandés

  
epublico

I  
DOS ELEMENTOS

**D**ON EDUARDO ECHEVERRI, rico minero de Bilbao, se encontró a los cincuenta años con que su vida no tenía objeto. Ya el dinero llegaba casi automáticamente a su casa, las oficinas marchaban sin esfuerzo. Él no acariciaba ambiciones políticas. No tenía hijos. «¿Qué hacer?», se preguntó. El viajar no le ilusionaba.

Había acabado la guerra civil. Era necesario comenzar una nueva existencia. De pronto, a su penuria de ideales encontró una salida. Pensó que podía ser un coleccionista, y que esto llenaría sus ocios.

Como era persona inteligente, comprendió que coleccionar cuadros buenos, estatuas buenas, obras de importancia era imposible en su tiempo. Para esto había que ser multimillonario. Entonces, con su buen sentido, pensó en reunir cuadros que tuvieran alguna relación con el país, con la costa y con la vida de los marinos, sobre todo del Cantábrico, así como libros de varias clases.

Dedujo que la guerra habría lanzado muchas cosas interesantes a la calle y que entraba en sus posibilidades recoger una parte no despreciable de las esparcidas por la región.

Se puso a la obra, y pronto tomó verdadera afición a comprar. Estableció una especie de taller para restaurar sus adquisiciones: cuadros, estampas y libros antiguos.

Naturalmente, como todo coleccionista, se hizo insaciable, y si poseía cinco mil volúmenes en sus estanterías, necesitaba diez mil, y cuando ya había logrado este número, veinte mil. Le ocurría lo que al personaje de Calderón en *La vida es sueño*. El señor Echeverri tenía los ojos hidrójicos como comprador.

*Ojos hidrójicos creo  
que mis ojos deben ser.*

El señor Echeverri se hizo en seguida con el escaso personal que necesitaba para su empresa. A uno de los empleados de su oficina, que era algo curioso y no mostraba ambición ninguna en el campo de los negocios, le reservó para sus adquisiciones.

Este empleado era un hombre pacífico y gordo. Se llamaba Juan Pedro Amezolagoyena y Carricaburuaundia, lo que era excesivo para una época en que se empezaba a decir que el tiempo es oro.

Amezolagoyena y Carricaburuaundia era vizcaíno por su padre y guipuzcoano por su madre. Dada la abundancia de sílabas en sus apellidos, las personas conocidas por él, partidarias de la brevedad, le llamaban Juan Amez, y la mayoría de los amigos Juanito Amez.

Amez, que era un buen hombre, fue muy útil a su patrón, convertido en coleccionista.

Juanito había estudiado en el seminario de Vitoria cinco años de latín; pero como

no tenía vocación de cura, lo dejó, se empleó como dependiente de comercio y contrajo matrimonio.

El señor Echeverri tuvo la perspicacia de comprender que, a pesar de su aspecto superficial, Juan Amez era listo, y podía servir como auxiliar inapreciable desempeñando el papel que le pensaba asignar.

El hombre había pertenecido a los nacionales de Bilbao; pero no se había distinguido nada en la guerra, y sus únicas facultades demostradas habían consistido en cantar con afinación el himno de:

*Somos nacionales  
sin color ni grito...*

y una canción que estaba en boca entre carlistas y liberales, que comenzaba así: «Niña mía, escucha mi canto...».

Don Eduardo Echeverri propuso a Juanito Amez un cambio de trabajo, que Amez aceptó, y desde entonces su empleado estaba constantemente yendo y viniendo a los pequeños pueblos de la provincia, y luego a Madrid, a Barcelona, e incluso a París, lo que le gustaba bastante más que ir a la oficina de Bilbao.

Con sus conocimientos de latín podía ver qué libros valía la pena de comprar en este idioma y cuáles no. Se agenció el *Manual del librero*, de Brunet. Respecto a las antigüedades, no encontraba difícil el orientarse.

Juanito era rechoncho, fuerte y tenía una cara redonda, roja como un farolillo veneciano, y dos ojos claros, alegres y brillantes.

El señor Echeverri había dedicado para la busca y captura de libros y cuadros en los alrededores de Bilbao un *hanson-cab* con capota, que compró en Inglaterra hacía años, y que era seguramente el único que se había visto en el país.

El cochero de este *hanson-cab* era un ex marino de Portugalete, ya viejo, que había sido conserje de un club de Londres durante algún tiempo, y a quien llamaban *Rip-Rip*, aunque su nombre era Eceizabarrena.

Rip-Rip se había britanizado de tal manera, que parecía más inglés que español.

Le llamaban *Rip-Rip* porque tenía la costumbre de estar con los ojos medio cerrados, y algún inglés le había comparado a un personaje de un cuento de Washington Irving en que un Rip Van Winkle se pasa veinte años durmiendo, y se despierta y se asombra de lo que ve. A Eceizabarrena, por reduplicación, y por considerarle más soñoliento, le llamaron *Rip-Rip*.

Cuando el *hanson-cab* de Echeverri entraba en un pueblo, llevando a Juanito Amez bajo la capota y Rip-Rip atrás, guiando desde su asiento alto, todo el mundo salía a verlos y se quedaba maravillado.

El aire agudo, seco y serio de Rip-Rip, en contraste con la cara iluminada de farolillo veneciano de Juanito Amez, hacía creer a la gente docta que no eran aquellos dos ciudadanos buscadores de muebles, libros y cuadros, hombres de carne y hueso, sino personajes de una estampa antigua.

Juanito Amez sabía el vascuence muy bien y en los caseríos y en los pueblos, en donde pocas veces encontraba los objetos principales de su busca, compraba relojes antiguos, que había muchos; arcas con dibujos raros, bancos y esas tablas talladas, con un asa como mango, que sirven para arrollar la cerilla de las iglesias y que en vasco se llaman *arguizaiola*.

Lo que el señor Echeverri no quería lo ofrecía Amez a prenderos y anticuarios, y hacía con ellos buenos negocios y cambalaches.

Como Juanito Amez y Rip-Rip eran amigos y, cuando se terciaba, alegres y ocurrentes, los conocidos suyos, con cierto amaneramiento que hay entre los vascos que hablan castellano, decían de ellos: «¡Qué elementos!».

Y todo el mundo aseguraba que, efectivamente, eran dos elementos.

No tenían que ver, evidentemente, nada con los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego de la física antigua; no eran principios simples y originarios; tampoco se podía asegurar que los que les daban esta denominación sabían a punto fijo lo que decían, pero ello no importaba.

Estas palabras, vagas para el que las usa, tienen la ventaja de que no concretan nada, y, si les suenan bien al oído, lo mismo pueden llamar elementos con cierto énfasis a San Ignacio de Loyola que a Juan Sebastián Elcano, al Negro de Usurbil o al Chiquito de Astigarraga, distinguidos en el frontón y en las sidrerías.

En último término, esta gente que trataba de elementos a Amez y a Rip-Rip quería decir que los consideraban como unos compadres con recursos naturales y con cierta alegría.

Después de unos diez años de trabajar para el señor Echeverri, como este enfermó y murió en poco tiempo, Juanito Amez puso una tienda de antigüedades en Bilbao, en la calle Barrena, título redundante, que quiere decir en vasco calle interior de adentro.

Colocó al frente de su establecimiento a su hija mayor, muy guapa, y como empleado a Rip-Rip, que por su tipo y su edad era hombre respetable y de gran prestancia.

Juanito siguió todavía registrando pueblos y aldeas y llevando a su tienda de Bilbao lo que encontraba.

UN PAR DE AÑOS DESPUÉS de la terminación de la segunda guerra civil, un día de noviembre, por la tarde, iban Juanito y Rip-Rip, llevando en el *hanson-cab* unos cuantos libros y un arca gótica bastante carcomida, contentos y satisfechos. De esta última pensaba sacar Amez buena cantidad de pesetas una vez restaurada.

El día había amanecido oscuro y caía una lluvia fina y persistente.

Marchaban por un camino hundido, entre dos taludes, cuando una de las ruedas del cochecito dio violentamente con una piedra; el vehículo se torció de un lado, quedando apoyado en el talud y sin poder avanzar. Ni Juanito ni Rip-Rip se hicieron daño, porque una de las paredes de la zanja del camino por donde iban sostuvo al coche y les impidió caer al suelo.

Rip-Rip, con gran agilidad, saltó sobre el talud y bajó después al camino; allí agarró de la rienda al caballo, lo desenganchó e hizo que Juanito, que era un poco pesado, pudiera bajar de su asiento del interior sin detrimento de su obesidad.

Una vez que Juanito se halló en tierra, le dijo a Rip-Rip:

—Vamos a buscar una de las casas de por aquí para alojarnos y dejar el caballo, y luego sacaremos el coche, que creo que debe de tener algo roto.

—Bueno, me parece muy bien.

—Espera antes a que coloque los libros donde no se mojen.

—Debajo de la capota no se mojarán —le indicó Rip-Rip.

—Entonces, vamos —dijo Juanito, viendo que la capota, aunque torcida, protegía los libros de la lluvia.

Rip-Rip tomó el caballo de las riendas, y sin cuidarse del chaparrón, que arreciaba, Juanito Amez y él avanzaron por el camino, hasta salir a una carretera, desde la que se veía a una distancia como de un par de kilómetros el mar y un pueblo pequeño y negruzco, continuado después por un barrio de pescadores.

Así fueron acercándose a la aldea. La primera casa que encontraron era una cuadrada y gris, de piedra, con dos pisos y con un escudo a un lado de la puerta.

Como había a la entrada un hombre gordo como una bola, Rip-Rip y Amez se le acercaron y comenzaron a explicarle en vascuence lo que les había ocurrido. A las primeras explicaciones, el hombre gordo dijo con voz aguda que no entendía el vasco.

—Pero ¿no es usted de aquí? —le preguntaron.

—No; yo he nacido en Andalucía.

Rip-Rip lo estudió en toda su circunferencia, y después de estudiarle, le preguntó:

—¿Usted tiene un carro?

—Sí.

—¿Quiere usted prestárnoslo?

—No tengo inconveniente.

—Traeremos el coche aquí, y si está roto llamaremos al herrero.

El hombre bola entró en la cuadra, sacó dos bueyes muy despacio, los enganchó a un carro y, poco después, él, Rip-Rip y un mozo auxiliar se marcharon al camino hundido, donde había quedado el coche, y lo sacaron de la zanja.

Al poco rato, el *hanson-cab* venía sobre el carro como una araña, y las gentes que lo veían miraban con cierto asombro un vehículo sobre otro, pensando qué sería aquel aparato que llegaba en semejante forma.

La mayoría pensó que se trataba de una máquina agrícola, cosa que entonces era bastante rara.

Juanito Amez, al que no le interesaba la mecánica, se fue mientras tanto a echar un vistazo al pueblo, que calculó no pasaría de ochenta o noventa vecinos.

El pueblo tenía dos barrios separados por una distancia de kilómetro y medio; una de estas barriadas, la antigua, estaba lejos del mar. La moderna era marinera, pescadora, y había intentado en otro tiempo, a juzgar por los restos que le quedaban, ser industrial.

El barrio antiguo tenía algunas casas hermosas de piedra con arcos en la entrada, balcones con hierros labrados y jardines bonitos.

La moderna del puerto no tenía más que casuchas pobretonas y miserables.

Un riachuelo corría casi por en medio del barrio antiguo, y, al acercarse al mar, se ensanchaba, dejando fangales negros, y entraba en el estuario donde se hallaba el puerto.

La salida del río y la bahía le interesaban a Juanito porque parecía haber habido por allí una empresa industrial de cierta importancia que, sin duda, cesó de producir hacía ya mucho tiempo.

A la salida de la ría, la costa presentaba una ensenada que no pasaría de un par de kilómetros en cuanto a su anchura.

Por una parte y por otra había alturas pedregosas con una playa de arena y de barro con pizarras negras.

Siguiendo la dirección de la ría, a la izquierda, se levantaban algunas casas del pueblo de pescadores y había un pequeño puerto, limitado por su malecón para quince o veinte lanchas.

A la derecha, la costa era un conjunto de lajas de piedras rotas que parecían ruinas. En este lado había unos muelles deshechos que se habían convertido en límites de huertas, y se podían notar aún fácilmente los restos de un embarcadero con sus pilares llenos de musgo.

En la punta de la derecha, que miraba al este, había una antigua torre o atalaya que, sin duda, sirvió en su época para avisar a las lanchas pescadoras la entrada o salida del puerto.

Había igualmente por allí cuatro o cinco casas en ruina amenazadas de

desaparecer, porque la parte de la costa donde se hallaban enclavadas cedía al mar y se iba derrumbando poco a poco en las aguas.

En conjunto, la bahía no tenía ningún aire sonriente ni amable. Rodeada de rocas, su carácter era evidentemente siniestro. Si a esto se añadía el aspecto abandonado del pueblo pescador y lo ruinoso de las antiguas instalaciones industriales, la impresión, entonces, no podía ser más penosa y sombría.

A Juanito Amez, del tiempo en que estuvo en la oficina del señor Echeverri, le había quedado una idea más o menos vaga de las empresas industriales de Vizcaya y de las provincias próximas, al menos en lo tocante a minería y siderurgia, pero nunca había oído hablar de aquel pueblo como industrial, lo que le hacía pensar que, si allí había existido alguna fabricación de esa clase, debió de ser hacía muchísimo tiempo.

Juanito, después de dar un paseo hasta el mar, volvió al barrio viejo y preguntó en el estanco si no había alguna persona que pudiera vender libros. Le dijeron que quizá el cura supiese algo de eso.

—¿Dónde estará?

—Mire usted. Ahí está.

Amez fue a saludar al cura, que se hallaba a la puerta de una tienda. Este le dijo que no creía que en el pueblo pudieran encontrarse libros, ni siquiera de escaso valor.

El cura preguntó seguidamente a Juanito a qué había ido a aquel lugar. Amez le explicó lo que a él y su cochero y ayudante les pasaba, y entonces el cura se le ofreció para acompañarle a casa de Polanco, que era donde al parecer habían parado.

En el camino, Amez solicitó del clérigo algunas informaciones.

—¿Qué había en la bahía de este pueblo? ¿Alguna fábrica, alguna mina tal vez?

—Sí, hace ya mucho tiempo —le respondió el cura— hubo una fábrica vieja. Aquí cuentan una historia de un holandés medio brujo que encontró unas minas y tenía un tesoro... Yo no he hecho caso de esas fantasías.

Andando, Juanito y el cura llegaron a la casa de Polanco, en la que pararon en un principio él y Rip-Rip, y vieron a este y al dueño, al hombre-bola, en el zaguán, que era grande, contemplando el cochecito, que tenía el eje completamente torcido y las dos ruedas ya sueltas.

—¿Qué? ¿Qué le pasa al coche? —preguntó Juanito.

—Casi nada —dijo con cierto aire irónico Rip-Rip—: que se ha hecho pedazos.

—¿Y qué hacemos nosotros?

—Lo que a ti te parezca.

—Hombre, yo no soy técnico en estas cuestiones. Quizá al patrón no le guste que se haga una compostura mala. Así que venga mañana el herrero, porque ahora no hay luz, y lo vea; si lo puede arreglar bien, que lo arregle; si no, lo metemos todo en un carro hasta la primera estación y lo mandamos a Bilbao.

—¿Se van ustedes a quedar en esta casa? —preguntó el cura.

—No sé si habrá sitio y querrán alojarnos —dijo Amez—; si no lo hay, iremos a la posada.

—Me parece que aquí estarán mejor, por lo menos más anchos —replicó el cura—. Yo me encargaré de decirle al gordo, el amo de la casa, que los aloje, y creo que los atenderá.

Como acababa de decir, el cura habló al gordo: a este le pareció bien la proposición, y Amez y Rip-Rip se encontraron satisfechos de quedarse.

En seguida, el cura, Amez, Rip-Rip y el gordo pasaron a un cuarto próximo, donde había una mesa y unas cuantas sillas y que tenía un aparador bastante viejo y algunos cromos de colores muy vivos clavados en las paredes.

Tomaron asiento los cuatro, el gordo puso sobre la mesa una botella de sidra y un vaso por boca y se dedicaron a charlar alegremente.

El gordo, dueño de la casa, se llamaba Pachi. Era un tipo como inflado, con un rostro de luna llena, y que andaba igual que un pato; tenía el pelo rojizo. Había pasado algunos años en la Argentina y había vuelto con dinero y con bigote. Se reía con una risa chusca e infantil y se mostraba en todo lo que decía muy sentencioso.

Algunos chicos se metieron en el zaguán, y sin duda les chocó el cochecillo de Amez y empezaron a tirar piedras a la capota. Al ruido de las piedras y de las voces de la turba infantil se levantó Rip-Rip y salió a echar a los alborotadores.

—¡Qué mala sangre tienen estos! —exclamó.

Pachi, haciendo honor a su costumbre de hablar sentenciosamente, dijo, recalcando mucho sus palabras:

—Estos chicos son como cerdos dañinos.

El cura indicó de pronto, dirigiéndose a Juanito Amez:

—¿Sabe usted quién es pariente de ese holandés que hizo las obras en el puerto, hace ya muchísimos años?

—¿Quién?

—Pues este que tiene usted delante: Pachi.

—¡Ah! ¿Es usted descendiente de él?

—Sí —afirmó Pachi—, bisnieto.

—Ya ve usted —indicó Rip-Rip—: todavía se le podría tomar por holandés o por belga. Lo que no se le podría tomar es por andaluz.

Pachi se rio. Tenía una risa muy socarrona. En seguida llamó a su mujer para que llevara a los dos huéspedes a que vieran sus alcobas, que estaban en el segundo piso, muy cerradas, y que daban por dos puertas de cristales a un gabinete con ventanas que tenía una gran cómoda de caoba adornada con unos floreros hechos de conchas encerrados en fanales de cristal y varias sillas.

—¿Ustedes quieren cenar aparte? —les preguntó la dueña de la casa.

—¡Pchs! Es igual —dijo Juanito—. Mi amigo y yo cenaremos en cualquier sitio. Donde nos digan.

—Pueden cenar aquí, y entonces cenaremos todos juntos.

—Ah, muy bien. Cenaremos aquí abajo. ¿A qué hora? —preguntó Amez.

—Nosotros cenamos a las siete.

—Pues a las siete bajaremos.

Amez aprovechó el tiempo para escribir al patrón y ponerlo al corriente de lo que les había ocurrido.

Rip-Rip estuvo componiendo algunas correas del coche que se habían roto. De cuando en cuando cerraba los ojos y se dormía.

A las siete en punto se presentaron los dos en el comedor de la casa.

Había tres mujeres: la de Pachi, la madre de este, que tenía sesenta años; y la abuela, de cerca de noventa, nacida en el siglo XVIII. Había dos chicos, hijos de Pachi, el uno de quince y el otro de diez años.

La abuela no habló apenas nada ni comió tampoco. La llamaban doña Margarita.

Sirvió la cena una muchachita, sobrina del amo, morenita, vivaracha y con los ojos brillantes.

Juanito y Rip-Rip, que tenían buen saque, comieron como náufragos y bebieron cuanto les pusieron delante.

Terminada la cena, Pachi les dijo que los de la casa tenían la costumbre de pasar la velada en la cocina, al amor del fuego, calentándose los pies.

Juanito y Rip-Rip afirmaron que la costumbre les parecía muy buena y muy sabia, y que si se añadía un poquillo de aguardiente, la tal costumbre aún les parecería mejor.

La Atanashi, la sobrina, por indicación del patrón, trajo una botella de anís y tres copas gruesas de cristal azulado en una bandeja; bebieron los hombres y el patrón aseguró que aquello era un preservativo excelente para el catarro, el reuma y otras enfermedades debilitantes.

Rip-Rip quedó en un estado de beatífica somnolencia, que le había valido su apodo; pero, a pesar de su apariencia de hombre dormido, su mano, de una manera matemática, bajaba de cuando en cuando hasta la bandeja, cogía la copa que le correspondía y la llevaba a los labios.

Juanito cantó a la sobrina del amo, con un aire insinuante, una canción en vascuence, que a ella, que no la entendió, la hizo reír:

*Atanashi Irisarri*

*berez etorkina*

*bisitzaz etorri da*

*Donosti aldera*

*Dama horrek baditu*

*bederatzi nobio*

*apenas joan denari*

*baietz esan dio*

*Bi novio izan ta*

*biari agindu*

*bakarra zertarako du?*

*Ederki egin du,*

lo que quiere decir: ‘Atanashi Irisarri, de naturaleza forastera, que ha venido a vivir a Donosti. Esa dama tiene nueve pretendientes, y al que se le ha acercado le ha dicho que sí. Tener dos novios y mandarles a los dos es muy acertado. ¿Para qué quiere uno solo? Ha hecho bien’.

Arnez, que, como hombre gordo y calvo, era observador, sonriente y humorista, contempló después a las mujeres de la casa.

La abuela, con sus noventa años, tenía tipo de alemana, de esas mujeres de Alberto Durero o de Lucas Cranach, con los ojos azules sin expresión.

La madre ya parecía un tipo del país, y la mujer de Pachi tenía más bien aire castellano. Esta se ocupaba de los chicos, mientras la madre dedicaba su atención a la abuela, que aquella noche mostraba el rostro muy sombrío, como si estuviese enferma.

—¿Qué le pasa? —preguntó Juanito a Pachi, refiriéndose a la anciana.

—Padece dolores nerviosos cuando empieza la primavera y también cuando da principio el otoño. Esta noche me parece que va a tenerlos, y cuando se queja del dolor le damos un calmante, pero mañana habrá que llamar al médico.

La mujer de Pachi fue a acostar a los chicos y la madre acompañó a la vieja.

Los hombres también dieron por terminada la velada. Juanito y Rip-Rip se marcharon a sus cuartos.

Las camas eran altas y tenían varios colchones; había que hacer ejercicios de acrobacia para subirse a ellas, valiéndose de una silla.

Como las alcobas eran estrechas, ahogadas, y olían a cerrado, dejaron las puertas que daban al gabinete sin cerrar, y así podían hablarse los amigos de cama a cama.

Juanito Amez permaneció algún tiempo sin dormir y oyó los quejidos de la vieja, que a veces parecían aullidos de un animal.

«Es cosa triste», dijo en voz alta, con el fin de comunicar su observación a Rip-Rip.

Rip-Rip, que era un verdadero especialista del sueño, estaba ya sumido en él desde hacía rato y no contestó.

Juanito Amez todavía tardó en dormirse. Escuchó el ruido de la lluvia y el viento, que llegaba mezclado con los quejidos de la anciana, y pensó que no siempre la vida es alegre.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Juanito Amez se levantó muy temprano y despertó a Rip-Rip con cierta delectación.

—¿Qué hora es? —preguntó Rip-Rip.

—Son ya más de las siete.

—¿Para qué me has llamado tan temprano? —exclamó el cochero con voz dolorida—. No me dejas dormir.

—Hay muchas cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Hay que cargar el *hanson-cab*, ante todo, en un carro y llevarlo a la estación.

—Está bien; yo haré eso y mucho más; pero haz el favor de respetar mi sueño. Yo necesito más tiempo que los demás para dormir: duermo más despacio.

—Sí, hombre, sí, ya lo sé; pero es que como ayer decías que querías levantarte temprano...

—Temprano no es las siete en ningún pueblo civilizado.

—¡Cualquiera sabe si este pueblo es civilizado o no!

Se fue vistiendo Rip-Rip y se le fue quitando el enfado.

—No sé qué le habrá ocurrido a la pobre vieja de la casa, que ha estado toda la noche en un grito —dijo Amez.

—Yo no he oído nada —le contestó Rip-Rip.

—Tú, no. Me lo figuro. Aunque hubiera pasado un regimiento de artillería no te hubiera estremecido en tu sueño de marmota.

—¿Y por qué te preocupa tanto la vieja? —preguntó Rip-Rip.

—Es que si sigue la enferma mal, lo más probable es que no se ocupen de nuestra comida.

—Tienes razón. Eso es cosa seria. Lo que debes hacer es acercarte al pueblo y preguntar qué tal es la posada.

—Bueno.

—Así que tú corres con eso.

—Sí.

—Bien. Pregunta en la posada si la cocina es de *confiansa*. Hay gentes sin *consiensia* capaces de todo.

—Tienes razón.

Las palabras *consiensia* y *confiansa* eran sacramentales para Rip-Rip y las aplicaba cuando se trataba de las cosas serias, de comer y beber, con acento muy solemne. Así, había angulas, o sidra, o vino de *confiansa*, y taberneros, posaderos y cocineros de *consiensia*, que, naturalmente, eran los que servían abundantemente los

platos y guisaban bien.

Juanito se las arreglaba siempre para dejar los trabajos fastidiosos a Rip-Rip, y, congratulándose de ello y burlándose interiormente de él, se despidió de su compañero y fue acercándose a la aldea.

Hacía un día de sol muy alegre.

Al entrar en el pueblo, Juanito se encontró con un conocido. Era este un médico llamado don Fructuoso, que había sido de un batallón de nacionales durante la guerra. El hombre, de unos cuarenta a cincuenta años, de cabeza redonda, muy cano, grueso, con el bigote corto y anteojos, tenía una tendencia muy marcada por la broma.

—¡Chico, Juanito! ¿Qué haces aquí? —le dijo a Amez.

—Pues ayer vinimos un amigo y yo en coche a comprar unas cosas para don Eduardo Echeverri. Supongo que le conoce usted a mi patrón, dueño de minas...

—Sí.

—Y se nos estropeó el coche donde veníamos.

—Entonces ¿vosotros paráis en una casa de la entrada del pueblo, la casa de Polanco?

—Sí.

—Ahí he estado yo esta noche visitando a una vieja que está enferma y además tiene mucha edad.

—¿Así que nuestra comida no estará muy segura por allá? —dijo Juanito cínicamente.

—Lo más probable es que no se hayan ocupado de ella.

—¿Usted va a comer aquí? —le preguntó Juanito al galeno.

—Sí, con el cura, que es amigo mío.

—¿Le importaría a usted que comiésemos nosotros con ustedes?

—Al revés, hombre; al revés. Encantado.

—¿Dónde van ustedes a comer?

—¡En la taberna del Chipirón!

—¿Y dónde está eso?

—En el puerto.

—Bueno, pues voy a buscar la taberna para que lo tengan todo preparado.

—Muy bien. ¡Hasta luego!

—¡Adiós, don Fructuoso!

**H**AY PUEBLOS que se encuentran colocados en lugares sombríos y poco gratos. No invitan a quedarse en ellos. Aquel era de estos. Tenía un aire triste y salvaje.

Esto pensaba Juanito Amez al acercarse a Mendoz.

El barrio del puerto era pequeño, de veinte o treinta casas en fila. Amez preguntó por la taberna del Chipirón, y se la mostraron. El Chipirón era el dueño. La dinastía de los Chipirones era fértil y había habido en Mendoz, por lo menos, tres de este apodo: abuelo, padre e hijo.

Algunos le llamaban a la tasca El Globulillo, sin duda como recuerdo de los glóbulos homeopáticos, que aún estaban en boga.

A Juanito se le había abierto el apetito con el aire de la mañana; entró en la taberna y pidió al auténtico Chipirón un par de huevos fritos y unas magras y un café.

Se sentó en una mesa de madera y devoró la comida.

Cuando iba a tomar el café vio que traían una cesta de sardinas de *confiansa*, como hubiera dicho Rip-Rip, y se largó a pedir una docena y una botella de chacolí de Baquío.

Cuando le sirvieron las sardinas fritas, no dejó más que las raspas.

Llegó después el café, muy cargado y muy bueno; lo sorbió con delectación, y Juan, en un momento de optimismo, pensó que el pueblo no estaba tan mal y que le convenía dar un paseo para hacer la digestión y enterarse de los alrededores.

Salió de la taberna después de arreglar con Chipirón el menú de la comida para Rip-Rip y para él.

Brillaba una hermosa mañana pura, de cielo claro y limpio.

Juanito se asomó al malecón del puerto. Allí había diez o doce barcas con nombres de santos y de vírgenes: *Nuestra Señora de las Mercedes*, *Nuestra Señora de Icíar*, *Nuestra Señora de Guadalupe*, *Nuestra Señora de Usoa*, *San Pedro*, *San Antonio* y alguna *Stella Maris*.

El Chipirón salió con Juan y quiso darle explicaciones.

—El barrio este —le dijo— está habitado principalmente por pescadores y habrá quince o veinte barcas. Se pesca la langosta y el calamar, y algunos van en meses fijos a pueblos de la costa más importantes cuando llega la época del besugo y del bonito.

Amez oyó las explicaciones del tabernero, que no le interesaban mucho, y, dejando el puerto, se marchó por la playa.

Dos o tres mujeres y chiquillos andaban entre las rocas próximas buscando cangrejos y lapas.

Juanito cruzó un puente de un arroyo que, por lo que le dijeron, se llamaba el

arroyo Barbero, cosa que le parecía un tanto estúpida, y avanzó hacia el extremo de la derecha del pequeño estuario.

Juanito Amez era todavía ágil, a pesar de su gordura, y no le asustaba andar seis o siete kilómetros por la mañana para tener ganas de comer.

Al final de la punta de la derecha, enfrente de una roca que llamaban el Ratón, había restos de una antigua atalaya de piedra muy sólida. Algunos decían que era un fuerte o una torre que había existido allí desde tiempo lejano.

No quedaban indicios de aspilleras o de emplazamientos de cañones que demostraran claramente la existencia de una batería o de una construcción militar.

Al doblar la punta se veía hacia el este un acantilado negruzco.

Este acantilado, bastante largo y de una cota de treinta o cuarenta metros de alta, tenía una forma cóncava, y a sus pies una estrecha franja de arena.

El mar y el viento habían producido, sin duda, esta concavidad llena de roturas y seguían desmoronando la costa y haciendo que la tierra se hundiera.

En el extremo, el conjunto de peñas estaba bañado por las olas y las espumas.

Había al final de este acantilado rocas negruzcas, que tenían figuras un tanto fantásticas, a las cuales los pescadores les daban nombres pintorescos, como el Águila, los Bueyes y la peña Horadada.

Esta peña Horadada era una roca pizarrosa con un agujero como una ojiva, a través del cual se veía el cielo y a cuyos pies estaban los peñascos. Aquel día, en la marea baja del equinoccio, se advertía sobre el agua la cresta que unía la peña Horadada con la punta del acantilado, y se notaba el destrozo que iba haciendo el mar.

La costa, evidentemente, debía irse derrumbando en algunos puntos con extraña rapidez, aunque en otras partes, en vez de avanzar el mar en la tierra, las arenas se amontonaban y consolidaban el terreno y tapaban los boquetes de las peñas.

Juanito preguntó a un pescador si por el arenal del acantilado se podía avanzar hasta las rocas del final, y el preguntado le dijo en broma que si le cogía la marea alta no andaría muy bien.

—¿No hay camino para salir al alto desde el arenal?

—Sí; pero hay que conocerlo.

—Entonces, nada. Y por aquí cerca, ¿no se puede ir al alto?

—Sí, hay que dar una vuelta; pero se puede ir por este sendero.

El alto se llamaba San Telmo, y una pequeña llanura con un prado, una casita y el cementerio con dos cipreses y una tapia blanca que había en la cumbre se denominaba el prado de Illecu.

A un hombre que cortaba helechos con la guadaña le preguntó el forastero cómo se llamaba la ermita, y el hombre le dijo que unos la llamaban Nuestra Señora del Ojo y otros de la Paloma.

La cosa le pareció a Juanito bastante absurda.

«¡Qué estúpidos son en estos pueblos! —pensó—. ¿Qué relación puede haber en

esto del ojo y de la paloma?»

Entró Amez en la ermita, pequeña, con un altar lleno de exvotos, consistentes en huevos de avestruz pintados y un letrero: «Ave Maris Stella».

Después se acercó al borde del alto de San Telmo, y le entró el miedo viendo el mar y la posibilidad de que le hubiese cogido la marea en el arenal del acantilado.

Aquel alto, sin duda, se desmoronaba por días, y el hombre que cortaba el helecho le aseguró que entre la ermita y el mar había hace años mucha mayor distancia que la que existía actualmente.

Al borde mismo del acantilado corría un sendero. Juan no se atrevió a acercarse. El mar metía un estruendo espantoso, y parecía estar horadando el monte.

Desde aquel punto se veía la ensenada de Mendoz como un trozo que un cíclope hubiese arrancado violentamente a la tierra, y el riachuelo, que quizá había producido en miles de años aquel boquete, marchaba como un hilo de plata por campos verdes a la luz de un sol esplendoroso.

Juanito habló con unos campesinos que encontró en el monte. Uno de estos le dijo que los habitantes de los caseríos próximos cultivaban el maíz y los prados, y se asomaban poco al barrio de pescadores. Iban estos campesinos a un pueblo del interior de más importancia. Sin duda, no tenían curiosidad por aquel agujero sombrío próximo al mar.

Juanito se sentó a descansar, y a las doce bajó al pueblo, y fue a buscar a Rip-Rip.

AL ACERCARSE JUANITO a la casa de Polanco, se encontró a Rip-Rip, que estaba en la cocina, medio dormido, al lado de la lumbre.

Le dijo Juan que había mandado preparar la comida en la taberna del Chipirón, y fueron los dos hacia el puerto. Amez explicó a su compañero lo que había visto; pero a Rip-Rip le interesaba poco la geografía. Esperaron al médico don Fructuoso y al cura, y cuando llegaron, entraron los cuatro en un comedorcito del primer piso con un balcón corrido hacia el mar.

Entre los cuatro, don Fructuoso se destacaba por su elegancia, con su cuello duro impecable, el plastrón de la corbata con un alfiler con una perla y una cinta blanca que le bordeaba el chaleco.

El cura llevaba una sotana bastante raída, y Rip-Rip y Juanito no se distinguían por su indumentaria.

—Don Fructuoso —dijo Amez—, está usted de una elegancia subversiva.

—Sí —contestó el médico—, tengo una elegantiasis aguda.

—También puede usted decir que tiene corbatitis fuerte —añadió Juanito.

—Y una chaquetitis moderada —replica Rip-Rip.

—No sigan ustedes por ahí —indicó el cura—; lo primero que ha dicho el médico tiene gracia; pero lo demás, ninguna.

—El páter es muy severo —dijo el doctor.

Hablaron mucho los cuatro de Bilbao, de las fortunas que se hacían en su cuenca minera y de las personas que conocían. A los postres, Juanito tarareó las canciones del país y del tiempo. Cantó una tonadilla de la guerra, que se refería a un tal Jerónimo, de San Sebastián, con una voz aguda de campesino que daba mucha risa:

*Jeronimo, entzun zazu  
neskatxarekin ibiltzen zera zu.  
Aita datorrenian, nian,  
ama datorrenian, nian,  
etxetik kanpora bidaliko zaitu.*

Quería decir la canción: ‘Jerónimo, escúchame: con las muchachas andas tú. Cuando venga la madre, te echará de casa’. Rip-Rip hizo la segunda voz de la canción con alguna maestría, y el cura y don Fructuoso se rieron. En vista de que tenían éxito, Juanito lució su repertorio, y Rip-Rip entonó solo *Rule Britannia*, en inglés.

Don Fructuoso, que había tomado unas copas de coñac de más y que estaba excitado, empezó a hablar de Cuba, donde había pasado varios años antes de la guerra civil. Contó diversas aventuras e historias de amor, y después cantó con acento

del país, balanceándose con el cuerpo a derecha e izquierda, esta canción:

*¡Ay, qué gusto y qué placer,  
es cosa rica  
el bailar el cucuyé  
y la sopimpa!*

Nadie sabía cómo eran el cucuyé ni la sopimpa; pero daba la impresión de que debían de ser cosas agradables de bailar.

Esta tonadilla terminaba así, por lo menos en la boca de don Fructuoso:

*A mí no me gusta más,  
a mí no me gusta más,  
a mí no me gusta más  
que el aguardiente y el aguarrás.*

En este momento de flamenquismo cubano del médico, se abrió la puerta, y entró el Chipirón a llamar a don Fructuoso. Dijo que Pachi o *Pachicu el Gordo*, como le llamaba él, quería hacerle preguntas acerca del estado de la vieja de la casa de Polanco, doña Margarita.

Don Fructuoso dijo: «Ahora voy».

Tomó su seriedad de galeno como quien toma el paraguas, y salió con un aire grave.

Juanito, Rip-Rip y el cura continuaron hablando de Bilbao unas veces y otras de aquel pueblo.

A la media hora regresó don Fructuoso.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó el cura.

—Una serie de cosas complicadas, referentes al testamento de la abuela; también quiere Pachi saber cuánto durará la enfermedad. De todo ello yo le puedo dar pocas luces.

—Es una familia rara esta de Polanco —observó el cura—. Viven siempre apartados de los demás, sin vinculaciones en el pueblo. ¿Usted sabe su historia? Yo he oído hablar algo, y resulta fantástico. Cuentan de un holandés que vino aquí a explotar unas minas, y que el holandés guardaba un tesoro. Yo no hago mucho caso de consejas: pero me han asegurado que en la playa se han encontrado en repetidas ocasiones pepitas de oro.

—Yo conozco la historia —dijo don Fructuoso—. Me la contó un minero viejo que vivía en Bilbao y que anduvo por estos lugares.

—Pues cuéntela usted.

Rip-Rip aprovechó el momento para decir que él se iba a dormir un poco, porque si no, no andaría completamente despejado por la tarde. Quedó de antemano de acuerdo con Juanito para salir a las cinco en un coche e ir hasta la estación más próxima, donde tomarían el tren.

Juanito, que era curioso y aficionado a las historias, se quedó con el cura, con objeto de escuchar el relato del médico.

ESTE PUEBLO, Mendoz, es decir, el barrio del puerto —indicó don Fructuoso, comenzando su relato—, está en una zona de la costa cantábrica donde se unen las pizarras con las rocas calizas. Hacia el este, la costa es de pizarra casi enteramente. Hay un acantilado con una pequeña franja de arena al pie, y hacia el oeste dominan las piedras de formas redondeadas.

Juanito Amez, que ha tenido la curiosidad turística de ver el pueblo y los alrededores, me entenderá como si fuera de aquí. A usted, amigo páter, por lo que veo, no le interesa mucho la geografía.

Este pueblo no tiene historia conocida; pero creo que anduvo por aquí el famoso corsario inglés Drake, saqueando la costa, que estaba sin defensa.

Mendoz no tiene nada que ver con un señor Mendo, como estúpidamente ha dicho un pobre diablo que escribió un artículo sobre el pueblo en *El Noticiero Bilbaíno*. Al pueblo y al citado señor les vinieron sus apelativos de orígenes diferentes.

En esta parte de la costa, los nombres de los lugares son vascos; pero se han transformado mucho, porque hace ya tiempo que nadie sabe el vascuence, de tal manera, que es imposible, o, por lo menos, muy difícil reconocerlos.

El nombre del pueblo proviene del monte próximo Mendioza, que quiere decir ‘monte frío’, y que se transformó en Mendoz.

Por aquí los lugares se llaman de modos bastante poéticos, y otras veces de maneras algo cómicas o chocantes: la peña Izar es la peña de la Estrella, de *izarra*, ‘estrella’. El arroyo Barbero, denominación que resulta algo ridícula, significa en vasco ‘río caliente’. Es *Ibarbero*. La playa de Ondarrilla, de *ondarra*, ‘arena’, es sinónima de arenal. *Illecu* es ‘el sitio de los muertos’. La playa de Larria o de la Rica es, sin duda, la playa de las Piedras; de *arriac*, ‘piedras’, y también se llama playa de los Difuntos por la vecindad del alto de Illecu.

Luego hay otros lugares con nombres nuevos: el Ratón, la peña de la Atalaya, la Hendidura, el Salto del Holandés, la roca del Tesoro, y la ermita de la Virgen del Ojo, que es la Virgen de la Paloma o la Virgen de Usúa en vasco.

A Juanito, por lo que ha dicho, le pareció un poco absurdo que a la ermita de la Virgen de la Paloma la llamaran también Nuestra Señora del Ojo; pero la cosa no es tan absurda.

La Virgen de la Paloma, *Usúa* o *Usoa* en vascuence, sin duda, fue llamada por los forasteros Ujoa, y de Ujoa se hizo ojo. Lo mismo pasó en el pueblo llamado Ujué, de Navarra. La Virgen de esta aldea fue la de la Paloma, o de Usúa, que se convirtió en la de Ujué y dio nombre al lugar.

Al final del acantilado hay la peña Horadada, que también se llama el agujero de Cazola. Por lo que me dijo un boticario antiguo que era de aquí, del pueblo, en su tiempo se le llamaba Gastozola, y esta palabra era primitivamente *Gaiztozulúa*, o sea ‘agujero del Malo o del Diablo’.

A don Fructuoso le gustaba encontrar el origen de las palabras de lugares en el país y traducirlas del vascuence. Era un entusiasta de la toponimia, y se creía tal vez un sabio en la materia.

El nombre del monte que aparecía en la punta de la bahía del Este, en la pequeña bahía de Mendoz-Mendioza (‘monte frío’), le llevó la imaginación a suponer el origen vasco de todas o casi todas las apelaciones de lugar de la localidad. Era una gran satisfacción de don Fructuoso el haber hecho tales descubrimientos lingüísticos y filológicos.

El arroyo Barbero —siguió diciendo don Fructuoso— corre hacia la costa en dirección al norte. En las mareas bajas se queda convertido en un hilo de agua, y cuando llega el equinoccio y el mar se retira casi hasta las puntas, no se le ve al salir a la playa.

Entonces el arenal queda estriado como por pequeñas olas de arena, que borra luego la marea.

Cuando el arroyo va a desembocar al mar, a la izquierda, al socaire del monte Mendoza, aparece el barrio costero, con su puertecillo de pescadores, donde nos encontramos ahora.

A la derecha, al este, se hallan los restos de construcción de la antigua industria en la Hendidura, que, sin duda, sirvió de embarcadero.

Después hay una punta con una torre ruinosa, que es la Atalaya, y dando la vuelta a esta, se encuentra el acantilado, con un arenal estrecho que domina el alto de San Telmo.

Entre las dos puntas se levanta un peñón negro, que es el Ratón, y cuyo nombre se le dio por imitación al de Guetaria.

A la derecha de la bahía, en la propia Hendidura, están las construcciones derruidas antiguas: una chimenea rota, unas columnas sobre un malecón deshecho, que parecen erguirse en la roca; también hay hierros mohosos y una escalera toda carcomida.

Cerca de la misma Atalaya existen dos o tres casas abandonadas e inhabitables, y en la vuelta del acantilado, peñas caídas, agujereadas y rotas por los vendavales.

Las rocas, cuando sopla el viento con increíble fuerza, son lanzadas como por catapultas contra las paredes del acantilado, y contribuyen a destruirlas.

El arroyo Barbero suele echar en sus avenidas gran cantidad de guijarros a la playa, y, a veces, peñascos grandes. En algunos sitios donde no es muy alto el acantilado, llegan a saltar las olas encima, e inundan la tierra.

En los días de tempestad, las gaviotas se refugian en la estrecha ensenada del pueblo, y vuelan por encima de las olas y de las espumas y entran en el cauce del río

a buscar su comida entre los fangales.

Cuando el cielo se pone negro, lo que es frecuente, el pueblo y su pequeña ensenada toman un aire oscuro y siniestro, que da una impresión muy triste.

Pese a todo este escenario un poco sombrío, pero al que uno se acostumbra y llega a hacersele simpático —prosiguió don Fructuoso—, en Mendoz han pasado muy pocas cosas dignas de mención, y casi todas las anécdotas son de antaño, y giran alrededor del misterioso holandés y de la época de prosperidad industrial.

Como ha dicho mi amigo el secretario del ayuntamiento, si aquí no hubiera habido un holandés misterioso, hubiésemos tenido que inventarlo para dar un poco de amenidad a la vida del pueblo.

Don Fructuoso tomó un sorbo de coñac, lo saboreó, recreándose en la bebida y en la pausa que hacía, para despertar mayor interés en sus dos oyentes, y se dispuso a continuar su historia.

AQUÍ, EN ESTE PUEBLO, hace unos cien años, hubo un señor rico, que se llamaba Avendaño, que se hizo dueño, porque él las descubrió o porque se lo dijeron, de unas minas de hierro.

Lo primero que hizo fue, como era natural, demarcar las minas, y en seguida formó una sociedad explotadora en Bilbao.

No se reunió mucho dinero, por lo cual los trabajos se hicieron con cierta timidez, es decir, que no se realizaron obras de gran importancia; pero se llevó a cabo lo más esencial.

Se quiso construir un muelle en la parte de la Hendidura, y vinieron obreros del pueblo próximo. Esto contribuyó a constituir un barrio a la orilla derecha de la ría, enfrente del viejo de pescadores de unas veinte o treinta casuchas y de un almacén y una fragua grande.

Estuvo así la explotación durante algunos años, llevando una vida lánguida, cuando un día apareció delante del puerto una urca holandesa, a juzgar por su bandera.

Era un barco viejo con el casco negro y las velas rojizas, y de él partió un bote que desembarcó a un hombre de unos cuarenta años, que venía con un saco y un baúl de hoja de lata, como llevan los marinos. También traía a su lado un perro grande y negro.

El hombre dijo que se llamaba Hugo Wan-Hoff. Algunos, que se las echaban de cultos, afirmaron que los nombres terminados en *off* eran casi siempre rusos, y que aquel sujeto debía de serlo. Los tales cultos que emitieron esta opinión se equivocaron de medio a medio.

El hombre indicó que unos días más tarde, alrededor de un par de semanas, llegarían su mujer y su hija de Francia, para establecerse con él en el pueblo.

Efectivamente; así como lo había anunciado, transcurridos dichos días, se presentaron.

Los amigos de hacer comentarios y averiguar las cosas relacionadas con cuanto sucedía en el pueblo dijeron después que el holandés recién llegado provenía de Francia y que había pertenecido a una banda negra de aventureros, en la que figuraron un tal Dubuisson, el banquero Kock, el vinatero Pereyra, de Bayona; unos judíos, Frey y otros no menos renombrados y famosos por sus fechorías.

Añadieron los que creían saberlo todo que Hugo Wan-Hoff había estado preso en el monte de Saint-Michel, y que había podido escapar de allí en una lancha, llegar hasta un puerto de Holanda y salir con su maleta llena de tesoros y arribar a España. La verdad es que lo que hubiera de cierto en esto nadie lo sabía.

Wan-Hoff era hombre alto, fuerte, rojo, de color subido; su cuerpo impresionaba por su robustez; tenía unas manos grandes, con un vello dorado.

Su mujer, Berta, tipo parecido a él: alta, rubia, esbelta, enérgica; parecía una verdadera valquiria.

La hija se llamaba Margarita, y era una muchachita fina, con los ojos muy azules, muy transparentes y muy puros, y con unas trenzas de oro que le caían sobre la espalda. La muchachita, de una belleza incomparablemente delicada, tenía tipo de una princesa de cuento para ser cantada en bellos madrigales.

El holandés se mostraba muy seco y muy poco amable con la gente. Tenía una cara agria y sarcástica.

«Tiene cara de protestante», había dicho una beata al verle.

Wan-Hoff comenzó a visitar la cuenca minera del pueblo. Se decía él inteligente en cuestiones mineras y siderúrgicas. Después de pasar tres o cuatro meses recorriendo los montes, sin duda descubrió unos filones nuevos. Se presentó el señor Avendaño, el de la primitiva compañía minera, y tuvo una larga conversación con él. Según parece, le convenció de sus proyectos, porque la sociedad le nombró en seguida director de las minas.

Este descubrimiento de los nuevos filones de mineral, que generalmente se atribuía a Wan-Hoff, decían algunos que era debido a un marino de Zumaya que vivió durante algún tiempo en una casa del alto de San Telmo, sobre el lugar llamado prado de Illecu.

El tal marino, que era aventurero por naturaleza, y al que llamaban de mote *el Desesperado*, había dado varias veces la vuelta al mundo, había visitado y corrido los más extraordinarios países y trabajado en distintas ocasiones en minas de África y América.

El Desesperado tenía un libro grueso en el que contaba de una manera tosca sus aventuras marítimas, y entre sus hojas manuscritas había intercalados algunos mapas primitivos. Asistió, según contaban, a muchas batallas con veleros piratas, y en una de las refriegas recibió un balazo en una pierna, de tal importancia, que el cirujano de su barco tuvo que amputársela inmediatamente.

Desde entonces, el Desesperado tenía una pata de palo; pero se acostumbró tan bien a ella, que andaba, corría y saltaba con gran agilidad, y, además, afirmaba con sorna que era mil veces mejor que la otra, pues jamás le dolía por el reuma.

De la estancia en el pueblo de este aventurero apenas si quedan otros rastros que un pequeño tríptico, como exvoto que el marino dejó en la ermita de la Virgen del Ojo o Nuestra Señora de la Paloma.

El tríptico, pintado al óleo, representaba, en un lado, un barco antiguo luchando con las olas; en medio, la Virgen, y en el otro lado, unos marinos llevando unas cadenas al cuello, y que marchan en procesión.

Al parecer, el mote del *Desesperado* se lo habían puesto al marino en un barco negrero donde estuvo navegando, y uno de sus amigos lo había comunicado a la

gente de Mendoz. Al *Desesperado* no le molestaba su mote. Por otra parte, le iba muy bien a su aspecto y a su figura. Él recordaba que los extranjeros convertían su apodo en *el Desperado*.

El apellido de este era un apellido vasco corriente.

El *Desesperado* se unió a Wan-Hoff, le tomó gran adhesión, siéndole muy leal, y estuvo en las minas a las órdenes directas del holandés.

Este le llamaba también *el Desesperado*.

El tipo del *Desesperado* era más bien flaco y anguloso; su torso, hercúleo, y la cabeza, como de águila, con unos ojos pequeños y brillantes.

La única pierna que le quedaba era muy musculosa y ágil, así como sus brazos, capaces de sostener una peña gruesa.

Llevaba un cinto ancho de cuero de color indefinido, del que decía el marino que le había ceñido la cintura en todos los naufragios y que lo habían acariciado los tiburones. Metido en el cinto guardaba un cuchillo en su vaina negra, muy lleno de mugre. El *Desesperado* llevaba el pelo largo y con melena, era moreno, entrecano, con patillas cortas.

El *Desesperado* cogía los reptiles con la mano y si eran víboras las oprimía con los dedos por el cuello hasta que las estrangulaba.

Se decía que se le había visto con una serpiente blanca guardada en un bolsillo de la chaqueta, lo que hacía pensar que era algo brujo.

Hugo Wan-Hoff, el holandés, se mostró desde el principio como un jefe duro e intransigente. Al que no trabajaba le despedía. Allí no había miramientos ni consideraciones.

«Lo que es lástima —decía con cinismo bárbaro— es que no se puede emplear con esta gente el látigo.»

Bajo la dirección del holandés, las minas empezaron a producir más, y el puerto se llenó de barcasas que iban a Bilbao y hasta Francia con sus cargamentos de mineral.

Wan-Hoff decía con frecuencia frases del Evangelio: «Todo buen árbol tiene buenos frutos; pero el árbol malo tiene frutos malos».

Y añadía: «Todo árbol que no tiene buenos frutos debe ser cortado y echado al fuego».

También afirmaba con cierto aire irónico: «Porque se dará al que tiene y estará en la abundancia; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene».

No sé cuánto tiempo —dijo don Fructuoso— duró la prosperidad de las minas; pero debió de durar, por lo menos, hasta la invasión francesa de Napoleón.

Por entonces, el holandés, que tenía enemigos entre la gente del pueblo, se retiró de las minas, y se fue a vivir a la casa de Polanco, que es donde vive hoy Pachi con su mujer, la madre y la abuela.

CON CIERTA PARSIMONIA, y dándose ya cuenta de que su historia interesaba, don Fructuoso hizo una nueva pausa para servirse otra copa de licor. Luego prosiguió:

Debido al trato duro de que el holandés hacía objeto a sus subordinados, estos le guardaron rencor, y en esa misma casa de Polanco fue atacado por algunos de sus antiguos operarios, echados por él en otro tiempo de las minas.

Estos hombres iban dirigidos por un tipejo que era el más audaz de la cuadrilla, que se llamaba Trifón Galerna. Marchaba con él un antiguo marino, a quien daban por mote *el Cartagenero*.

El ataque se produjo cuando Wan-Hoff se disponía, de regreso, a entrar en su vivienda.

Sus enemigos se apostaron lejos, y le soltaron varios tiros.

Cuando los franceses entraron en Mendoz, el general que los mandaba llamó al holandés, le sometió a un interrogatorio y le tuvo preso unos cuantos días, además de ponerle una multa.

Por entonces corrió la voz de que le iban a fusilar a cuenta de no se sabe qué clase de fechorías pasadas, cometidas tampoco se sabía en dónde.

En los pueblos próximos hasta se dio el hecho por realizado, asegurándose que el fusilamiento se había efectuado y que habían tirado al mar el cadáver de Wan-Hoff.

En el caserón de Polanco, cuando se fue a vivir allí el holandés, había un hijo de la casa que estaba estudiando para cura, y que comenzó a acompañar constantemente a Margarita, la hija de Wan-Hoff, que por aquellos días contaría unos diecisiete o dieciocho años, y que era realmente bellísima. Esa Margarita es la misma que ahora tiene cerca de noventa inviernos.

Al enterarse el holandés de tales compañías, dijo que se vería obligado a marcharse de la casa, pues era incómoda para él.

La chica, Margarita, no había hablado nunca con muchachos jóvenes. El seminarista encontró por entonces que no tenía vocación de cura.

Pensando siempre en irse de la casa de Polanco, como el holandés era hombre expeditivo, se las arregló para obtener del ayuntamiento que le cediera la atalaya de la salida del puerto, no se sabe en qué condiciones.

El lado derecho del estuario, siguiendo la dirección del río, en donde están las antiguas instalaciones industriales, al llegar frente a la peña del Ratón cambia el rumbo, y en vez de ir de sur a norte, se dirige hacia el este, formando una curva, una excavación de la tierra, casi constantemente acantilada, y una estrecha playa, que

llaman la playa de Larria o de los Muertos, que está dominada por el alto de Illecu, y que termina en la peña Horadada.

A una altura de veinte o treinta metros sobre el mar se encontraba la atalaya, y en ella la casa del holandés.

Un poco más lejos se hallaban dos o tres construcciones pobres que completaban el pequeño caserío. La atalaya tenía unos muros de piedra con estrechas ventanas enrejadas y un tejado hecho con pizarras gruesas sostenidas por guijarros negros, pulimentados por las lluvias.

La atalaya, construcción de grandes piedras, era un edificio fuerte, podía resistir el embate de los vientos; dominaba el pequeño estuario del pueblo y el acantilado hasta la peña Horadada. Hugo Wan-Hoff reclutó unos hombres, y con su ayuda arregló aquello en un mes; hizo una cimentación de cal y canto, dispuso convenientemente la casa y dotó a los huecos de fuertes rejas y de ventanas macizas.

La casa presentaba un aspecto de fortaleza.

Llevó un perro negro y enorme, digno sucesor del primero que había tenido, y que le acompañó en su desembarco; el perro, *Teufel*, gruñía a todo el que se acercaba de manera amenazadora, y su aire respondía perfectamente a su instinto feroz. Una vez la vivienda arreglada, se llevó Wan-Hoff allí a su mujer y a su hija.

El holandés dijo que iba a hacer un mapa de la costa para estudiar las mareas y el tiempo.

A partir de aquella mudanza, empezó para la familia del holandés una vida solitaria. El hombre se mostraba cada vez más sombrío e inquieto, porque suponía que le espiaban, y, efectivamente, así era. Su olfato nunca le había engañado en estas cuestiones.

Sufría a un tiempo dos espionajes distintos: el del joven Polanco, que se acercaba con objeto de ver a Margarita, y el de Trifón Galerna, que andaba con frecuencia por la atalaya y no se recataba de que lo vieses.

Este se mostraba siempre con cierto aire retador, como de hombre que está en el secreto de algo y a quien quieren engañar, aunque no lo consiguen.

Wan-Hoff era hombre descontento del mundo. ¿Qué le había pasado? Él no lo contaba; pero se veía que creía que había sido perseguido por los hombres y por el destino. Hablaba siempre con ironía y con amargura, y repetía frases de la Biblia, que en las circunstancias en que las empleaba tomaban aire de sarcasmos.

Se comprendía que era un descontento, con un ideal un poco oscuro de soledad y de calma.

El holandés había tomado como criada a una vieja pescadora, viuda de un marinero, que se llamaba Catalina.

Después resultó un poco bruja. Sabía si una casa estaba o no dominada por los diablos. Las veces que esto ocurría se daba en seguida por avisada, y registraba minuciosamente los colchones de las camas. Dentro de los colchones, entre la lana, encontraba ella la influencia diabólica.

En cierta ocasión contaron unos chicos que la Catalina o Cathaliñ, los llevó a la cocina, y les enseñó unos diablos muy feos que se retorcían en el fuego y subían por la campana de la chimenea.

Catalina se mostraba muy fiel a su patrón el holandés. Atendía a la mujer y a la hija de este, y sobre todo a Margarita, a la que empezaba a querer entrañablemente, manifestándole unas atenciones y ternuras que no hubiera sido fácil sospechar en la vieja.

Era Catalina de Elorrio, y había vivido en Bermeo y en Mundaca; la llamaban los chicos *Amuna Cathaliñ*, a sea ‘abuela Catalina’, y también *Amuna sorguiña*, o sea ‘abuela bruja’. Así, tenía la mujer tres nombres: Catalina para los castellanos, Cathaliñ para los vascos y Amuna sorguiña para los que querían zaherirla.

Wan-Hoff la llamaba así muchas veces medio en broma, y decía que en el país debía de haber algún monte como el Brocken, de Alemania, punto de reunión de brujas, porque había en Mendoz y fuera de Mendoz bastantes viejas charlatanas y entremetidas, con las que debería hacerse una hermosa hoguera. Sin duda, las consideraba como materia combustible.

Luego el holandés contemplaba la cara de vinagre que le ponía Catalina, que nunca se atrevía a replicarle nada cuando le decía estas cosas.

La Catalina tenía muchas supersticiones que había recogido en su vida. Una vez dijo en serio que no había llegado a ser bruja porque, al parecer, no tenía facultades para ello. Había quedado en aprendiz. Sus ideas, que explicaba al holandés, le interesaban mucho a este.

Creía la Catalina en la acción de las mareas. Según ella, cuando se retiraban estas se llevaban la fuerza vital de la tierra y se morían los enfermos graves.

El agua del mar tenía muchas virtudes para ella. Evitaba casi todos los males, y era bueno, aunque se estuviera sofocado y con calentura, quedar mojado por una ola de la cabeza a los pies.

Un terrón de sal de mar en el bolsillo servía para curar los catarros, el dolor de cabeza y el mareo.

Wan-Hoff la escuchaba, pero no siempre. A veces decía: «Yo no creo en nada más que en el dinero».

Wan-Hoff creía en supersticiones suyas. Pensaba que la naturaleza tenía para él intenciones diferentes que para los demás.

Wan-Hoff hablaba mucho del tesoro del capitán Kidd, que estaba, según unos, guardado en la isla del Fuego, y según otros, cerca de Nueva York. Creía también que el mejor día alguno inventaría la manera de hacer oro.

El holandés había estado en relación en Mendoz con un viejo a quien llamaban *el Fraile*, que aseguraba que él sabía dónde había un tesoro escondido, cerca de la ermita del monte, en Illecu. Esta ermita era la de la Paloma o Nuestra Señora de Usúa, y el lugar supuesto del tesoro, una cueva prehistórica.

Al lado de la ermita había un antiguo dolmen deshecho por los buscadores de oro

y por los temporales y una cueva con unas figuras de jabalí dibujadas en la piedra, que la gente del pueblo consideraba hechas por los pastores actuales.

El Fraile registró la ermita, el dolmen y la cueva, pero no encontró nada. Wan-Hoff hizo lo mismo. Reconoció con gran cuidado el pequeño dolmen próximo a la ermita de Nuestra Señora de Usúa, y halló algunas piedras, amuletos al parecer, que no sabía bien lo que eran. Él se figuró que allí había un secreto, pero no pudo comprender cuál era.

El holandés mostró ingenio para arreglar la casa de la atalaya. Su cuarto de trabajo era un producto de su estudio. Una ventana como de barco, un sillón cómodo, una chimenea con un tubo de salida pequeño y una caperuza, a la que cambiaba de dirección desde el interior, según el viento, y una mesa fuerte y tosca.

Wan-Hoff se defendía del frío, de la humedad y de la lluvia en la casa de la atalaya de varios modos. Cerraba todos los agujeros y grietas, y a veces tenía que poner sacos de arena debajo de las puertas para que no entrara el agua.

En su despacho había unos estantes con algunos libros y con muestras de minerales recogidos en los alrededores, una brújula y una lámpara de barco.

El suelo era de piedra, con una tarima próxima a la mesa. De noche cerraba todo muy bien y dormía mecido por el ruido del viento.

Leía la Biblia y recordaba frases que decía burlescamente a la gente.

En tanto, Trifón Galerna y el Cartagenero seguían rondando la atalaya. Miguel Polanco ya no aparecía por ella. A veces, el holandés decía: «Ese no es hombre para mí. Si es necesario, le aplasto como a una cucaracha».

POCO TIEMPO DESPUÉS de instalarse Wan-Hoff con su familia en la atalaya se presentó frente al pueblo un barco negro con unas velas rojizas, tirando a color de naranja.

Se dijo, no se sabe con qué fundamento, que este barco era holandés.

Wan-Hoff, que, sin duda, esperaba la llegada de la nave, fue a ella, que era una goleta, y regresó trayendo en la lancha que le sirvió para ir y volver dos o tres cofres, que metió en su casa. A la mañana siguiente, el supuesto barco holandés había desaparecido de la ría.

La mujer de Wan-Hoff, doña Berta, no se acostumbraba a vivir en la atalaya, ni su hija Margarita tampoco. Encontraban aquello húmedo y triste.

Entonces, Wan-Hoff decidió llevar la familia a vivir al barrio viejo, a una casa antigua, muy lejos del pueblo y a orillas del arroyo, entre árboles. La casa se llamaba Olanan.

Era una casa sólida, medio caserío, cerca de una antigua ferrería abandonada, rodeada de ortigas y de hierbajos. Doña Berta tomó como criada una campesina fuerte, y entre las tres mujeres tenían la casa muy limpia y arreglada.

Wan-Hoff, ya considerándose independiente, se marchaba solo a la atalaya y se pasaba el día en ella y, muchas veces, la noche. La vieja Cathaliñ y el perro *Teufel* solían dormir allí. Cuando la gente veía la casa echando humo, decía: «Ya está el holandés quemando algo».

Trifón Galerna siguió, como siempre, espionando la atalaya.

El padre de Trifón, en la época en que entraban y salían barcos del puerto, había sido atalayero. Por eso, acaso, tanto el padre, y por tradición el hijo, se consideraban como con derecho a aquellos lugares y como con algún dominio sobre ellos.

El atalayero antiguo abandonó su ocupación cuando se produjo la decadencia de las minas, y se fue a vivir a un caserío cercano que estaba medio derruido. Luego tuvo que dejarlo también. Tal determinación se vio obligado a tomar por el estado ruinosísimo de la casuca; pero debía de considerar su reciente morada como una propiedad, pues continuó guardando la llave. Galerna tenía pocos medios de vida.

Había conseguido el cargo de alguacil, y se metía en todo lo que podía y donde vislumbrase que había algunos cuartos que pudieran pasar a su bolsa.

Debajo de la atalaya había un trozo de malecón edificado entre rocas, donde Galerna ponía a secar sus aparejos.

Era un sitio que no pertenecía a nadie, pero Galerna se había apoderado de él y lo consideraba como suyo. Allí, Trifón solía estar componiendo las redes.

Abajo había un abrigo natural entre peñas, donde podían guarecerse tres o cuatro barcas en los temporales.

Galerna era punto fuerte en la tasca del Chipirón, y se creía que este le era fiel; pero el tabernero era incondicional de Wan-Hoff, a quien consideraba un hombre de fibra y de recursos.

En cuanto vio Trifón que el holandés alquilaba la atalaya, se fue inmediatamente a la casa del alto de San Telmo y se constituyó en su observador.

El holandés se dio cuenta del espionaje al poco tiempo, y se puso, a su vez, a vigilar a Galerna.

Wan-Hoff constituía un motivo de constante curiosidad para el pueblo.

Recién instalado en la atalaya, construyó una segunda chimenea grande, por la que se veía salir a menudo un humo negro y denso.

Se decía que había construido la chimenea y su horno para fundir la gran cantidad de joyas de oro, plata y las monturas de metales preciosos de las piedras de todas clases y maravillosas perlas que poseía.

En el horno al que pertenecía la chimenea, al decir de las gentes, se encerraba y realizaba la fundición.

Alguna vez, el holandés había manifestado que tenía proyectos para cuando la guerra contra Napoleón se acabara, y debido a esto suponían los del pueblo que, al terminar la contienda, Wan-Hoff pensaba marcharse de España.

En tanto, la presencia del hijo de Polanco continuaba, a disgusto de Wan-Hoff, el cual no quería tomar ninguna medida contra el mozo para no molestar a Margarita, a la que quería tiernamente desde el fondo de su áspero corazón.

Si por casualidad se encontraba en su camino con el muchacho, desviaba la vista de este, ponía la cara aún de menos amigos que habitualmente y no se dignaba contestar al saludo que le hacía.

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que sucediera un incidente que puso todavía más en guardia a Wan-Hoff.

El antiguo capataz, el Cartagenero, y Galerna, que continuaban obsesionados con el supuesto tesoro, escalaron un anochecer la atalaya por la parte del mar; llegaron a subirse al tejado de la casa; pero viendo que desde allí nada podían atisbar ni enterarse de cosa alguna, descendieron por una cuerda, buscaron la ventana del cuarto que era del horno, que había hecho construir el holandés, y se asomaron por la reja.

El holandés, que tenía la ventana abierta y estaba dentro de la estancia, los reconoció en seguida, y volviéndose rápido hacia ellos, al tiempo que empuñaba una pistola, exclamó con voz dura, que no daba lugar a vacilaciones: «Si no os quitáis de ahí inmediatamente, os achicharro a tiros».

Trifón y su compinche el Cartagenero se descolgaron rápidamente y saltaron por las rocas a la playa. Trifón perdió varias veces el pie en el presuroso descenso, lo que le ocasionó que se hiriese la cara y las manos.

El fracaso de su estúpida aventura avivó el rencor de aquellos dos hombres por Wan-Hoff.

LA CATHALIÑ tenía algo exótico, quizá de gitana o de agote. Había en ella una tendencia vagabunda de raza aventurera. Quizá existía en el holandés un elemento por el estilo, porque los dos se entendían, y él ejercía un gran ascendiente sobre ella.

Como Wan-Hoff empleaba con frecuencia a Cathaliñ en sus trabajos de la casa de la atalaya, muchas veces no hacían comida y llevaban esta de la taberna del Chipirón.

La Catalina se encontraba allí con el Desesperado, que estaba viejo, pero que tenía aún muchos arrestos y mucho brío.

Se contaban mutuamente sus observaciones marítimas y terrestres.

El Desesperado hablaba, como siempre, de piratas, de negreros, de minas y de islas desiertas. La Catalina fantaseaba, sobre todo acerca de las casas embrujadas, la adivinación y las gallinas negras.

Ella misma había visto hacía poco un caso de brujería en el pueblo. Un chico que se creía perseguido por las mañanas por un gato negro, que se le aparecía al ir a la escuela, le tiró una piedra y lo dejó muerto.

Al volver a su casa se encontró a una tía suya con una venda en un ojo.

Era ella la que se convertía en gato por las mañanas y seguía a su sobrino.

El Desesperado dio otra versión de la leyenda; contó el caso de un contraмаestre de un barco negrero que había viajado con él.

Este, una vez, navegando por el Mar del Norte, de cabotaje, oyó una voz en sueños que le dijo que tres olas enormes iban a tragar el quechemarín que él mandaba; la primera, de leche; la segunda, de lágrimas, y la tercera, de sangre.

La voz le advirtió que el único medio de salvarse era tirar un arpón sobre la última ola.

El marino, preparado, cogió el arma y la lanzó con toda su fuerza, y oyó un gran alarido de dolor que salía del mar.

Se calmó la tempestad, y, al llegar a su casa, el contraмаestre vio a su cuñada, que vivía con él, moribunda, con una herida en el pecho, de arpón. Su mujer y la hermana de esta eran brujas, y una de ellas se convertía en ola.

La Cathaliñ contaba las maravillas que había hecho en el pueblo hacía muchos años una vieja llegada de Francia, a la que llamaban Gashusha *la Cascarota*, que era vendedora de pescado.

La Gashusha se desdoblaba y estaba en dos sitios lejanos al mismo tiempo: en la plaza y a una legua de ella.

Algunos decían que lo que pasaba era que saltaba de un sitio a otro por el aire, y que para ella el ir de un extremo a otro del país de un salto no era nada; pero otros aseguraban que no, que podía mandar a su sombra donde quería.

La Gashusha era curandera, y, según las gentes de mar de por allá, les daba a los enfermos, aunque estos estuvieran moribundos, una infusión de hierbas que solo ella conocía, y los enfermos se mejoraban en seguida.

A otros no les daba nada, pero les recitaba una especie de letanía con palabras en latín o les ponía las manos en la cabeza, en el pecho o el vientre, y los soplaba y se curaban.

Sabía el secreto para la mordedura de los perros rabiosos y de las víboras, y también sabía el procedimiento para hacerse invisible; pero para esto necesitaba el corazón de un murciélago cortado en trozos con una moneda vieja de plata a cierta hora de la noche.

Cuando la Gashusha odiaba a alguien, le hacía mal de ojo, y según lo que todo el mundo afirmaba, el desgraciado que intentaba hacerle a ella algún daño sufría los más terribles males y desgracias en su persona o en su hacienda.

Una vez, a uno que solía burlarse de ella, y le hacía la higa, y le enseñaba el puño, y le decía: «Sorguiña, pues, pues», solo con mirarle de lejos le dejó como aletargado durante mucho tiempo.

A otros conseguía que se les muriesen los bueyes o los corderos, o que se les estropease el maíz o los prados.

Se decía también que, cuando quería, la Gashusha se convertía en una mujer guapa y rubia que iba a dormirse a orillas de los arroyos o entraba en los caseríos y se ponía a hilar con una rueca de plata, o a cuidar de los niños. A veces se la veía cardando la lana con unos cuernos grandes de carnero.

Contra la Gashusha, el cura, inspirado por el juez, hizo un terrible exorcismo, y un día hubo una tremenda tempestad y cayó un rayo en casa de la bruja, que incendió y derribó la vivienda; pero los elementos no pudieron nada contra ella, y algunos del pueblo vieron a la vieja subida en una viga muy alta, a horcajadas, en compañía de un gato tuerto que tenía y de una gallina negra.

Cuando los que la vieron pasaron al poco rato por allí, ya no estaba la Gashusha, y al decir de todos se fue por el aire, en una nube tormentosa, volando con sus dos animales amigos hacia la peña de Amboto, donde se reuniría con la dama de este monte. Según Catalina, así había oído decir en Elorrio, la dama de Amboto no había sido siempre una bruja poderosa. Cuando era niña, su madre la llevaba a visitar a una lamia en una cueva magnífica del monte Gorbea.

Su padre le decía: «Vete a la iglesia», pero ella no quería, y un día se escapó por el aire y se fijó a Amboto, y llevaba una rueca para hilar. Por eso la gente la llamaba María Rueca o María Urraca. La dama de Amboto era la más poderosa hechicera y reina del país, y la misma dama de Murumendi, de Guipúzcoa, no podía nada contra ella.

Estas fantasías solía escucharlas el Desesperado atentamente, sin afirmar ni negar nada. Él creía que había muchos misterios en el mundo y que nadie sabía la verdad de cuanto ocurría.

EL HOLANDES se obstinaba en no relacionarse con nadie y en mantenerse siempre aferrado a su existencia de aislamiento.

Por las mañanas paseaba por la playa del acantilado con *Teufel*. Desde que dejó la dirección de las minas, ya iba muy poco al pueblo.

Únicamente algunas veces se acercaba al barrio de pescadores y compraba por sí mismo el pescado, después de examinarlo atentamente.

Por las tardes, si hacía buen tiempo, aguardaba al peatón del correo, por si llegaba carta a periódico de su tierra, que se lo enviaban de tarde en tarde. Si no daba el paseo, entonces se quedaba leyendo.

Wan-Hoff parecía no solo entendido en cuestiones prácticas, sino también en cuestiones literarias, y cuando estaba de buen humor hablaba de Fausto, del joven Werther, del Guiaur y de Lara, y de la Dama del Lago. Se veía que conocía a Goethe, a Byron y a Walter Scott. Leía por la noche el *Robinsón*, de Defoe, y la Biblia.

La mujer del holandés, doña Berta, y Margarita, la hija, solían ir de cuando en cuando, si hacía bueno, hasta la atalaya. También ocurría que se pasaban largas temporadas sin asomar por allí, pues les gustaba más ir por otros parajes o permanecer en su casa del pueblo.

Los domingos iban a la iglesia, y, si había fiestas, la muchacha salía con alguna amiga. El hijo de Polanco, que se llamaba Miguel, se unía a ellas; acudían también otras muchachas y mozos y gozaban de cierta libertad para hablar.

Refiriéndose a las relaciones de su hija, el holandés le decía al Desesperado, que le escuchaba: «Estos amores no durarán mucho».

Cuando se quedaba solo, al anochecer, Wan-Hoff encendía su horno e iba fundiendo objetos de oro y de plata, que, sin duda, había traído en sus cofres.

La chimenea solía estar vomitando humo negro hasta muy entrada la noche.

Por lo que supo después, Wan-Hoff, que guardaba joyas procedentes de las iglesias de Francia, había construido varias cajas de madera cubiertas de cinc y forradas por dentro de telas impermeables, donde tenía metidos sus tesoros.

Catalina (la *Amuna sorguiña*), que procuraba pasar el mayor tiempo posible en la atalaya e iba allí con cualquier pretexto, dijo que le había visto varias veces a su amo sacar trozos de oro y piedras preciosas, que, después de arrancadas de sus engastes, ponía en un saco pequeño de cuero.

Otros afirmaban que le vieron llenar una de sus cajas de lingotes de oro y plata, y, después de cerrarla, hacer un precinto con bandas de tela, como de tafetán, para tapar las rendijas y que no pudiera entrar la humedad.

Por entonces llegó un pariente del holandés, primo segundo, al parecer, de

Margarita, llamado Roberto Castilla.

Era un joven de veintitrés a veinticuatro años. Estaba de teniente en un barco corsario de la marina inglesa y llevaba una brillante carrera.

Roberto era hombre que creía en su sino, y pensaba que los acontecimientos giraban alrededor de él y de los que tenían relación con su persona.

Esto le impedía preocuparse de los demás; pero, sin embargo, quería ser afable, y lo era. Lo cierto es que no había en él nada de atravesado, de vengativo ni de rencoroso.

Hasta el momento todo le había salido bien, y como era inteligente, se mostraba amable con las mujeres, fueran estas jóvenes o viejas; con los niños y con los ancianos.

Con los hombres, y sobre todo con los de su edad, si tenían el aire un poco altivo, él tomaba un aire de mayor altivez aún, como de quien nunca ha sabido lo que es temer a nadie. Pero en este mismo aire no había ningún gesto abusivo de reto ni de baladronada.

El holandés no disimuló su alegría a la llegada del sobrino. Por lo visto, tenía para él mucha relación esta circunstancia con su pensamiento de que las relaciones amorosas de Margarita con Miguel Polanco no durarían mucho.

Se le puso a Wan-Hoff una expresión menos taciturna y hosca que de ordinario, aunque no podía borrar de sí su aspecto de personaje áspero, que se considera como humillado, perseguido y que tenía motivos para ponerse contra la sociedad.

Wan-Hoff quiso que su sobrino fuera a vivir a la casa de Olan; pero Roberto dijo que no, que no quería tener sometidas a las personas de su familia a la preocupación de cuidar de un forastero, y que él se iba a vivir a la taberna del Chipirón, donde había visto un cuarto que daba al mar, que le gustaba.

Doña Berta y Margarita se alegraron, porque pensaban que el marino estaría acostumbrado a mayores lujos que los de su casa.

Roberto era todo lo contrario, en cuanto a carácter y fisonomía, que su tío Hugo; en lugar de la impresión de inquietud y recelo que Wan-Hoff producía, se manifestaba en el joven marino una confiada serenidad y el dominio absoluto de sus nervios. La vida y el peligro le habían dotado, sin duda, de estas cualidades.

Su conversación era siempre agradable y entretenida; contaba sus aventuras con amenidad y gracia, suprimiendo todos los detalles desagradables, lo que revelaba la limpidez de su espíritu.

Pasaba sin insistir en los relatos de los hechos personales de valor suyos, aludiéndolos veladamente, lo que, acaso sin él proponérselo, le daba a su actitud mayor interés y atractivo.

Roberto no se parecía a las personas de la familia de Wan-Hoff y tenía una prestancia que le distinguía de las demás personas del pueblo. Era de pelo castaño, con un mechón rebelde que le caía sobre la frente. Llevaba patillas cortas de marino.

Sus facciones eran armoniosas y su tez más bien un poco pálida en lo alto de la

frente y en el cuello, aunque curtida por los vendavales y los soles abrasadores; la mirada era acerada, penetrante, a veces fija y dura; pero también sabía mirar con simpatía. Sus dientes, fuertes y blancos, daban a su risa una marcada expresión de energía y de salud.

Su manera de andar y accionar revelaba una sensación de aplomo que maravillaba. Roberto, que en la infancia vivía en Marsella con sus padres, se había escapado de casa y había entrado de grumete en un barco mercante. De aquí había pasado a otro, y a los diecisiete años estaba de guardia marina en un corsario griego y después en uno inglés, y pertenecía a la marina del Reino Unido.

No había en el joven nada de huraño, como en Wan-Hoff y su familia, y si se le concebía perfectamente sobre la cubierta de su velero, en un instante de peligro, dispuesto a pelear con el mar y con los hombres, también parecía hecho para la vida de salón.

Indudablemente, a Roberto Castilla le acompañaba el prestigio un poco misterioso de su elegancia, de su juventud y de los largos viajes que había realizado, así como de las numerosas aventuras que había corrido en su constante, o casi constante, navegación.

Roberto era hijo de un español y de una prima hermana de Wan-Hoff. De su familia contaba pocas cosas; en cambio, le gustaba relatar aventuras y peripecias marinas.

Desde el principio, el joven teniente causó profunda impresión en su prima Margarita. Aunque la manera del mozo de dirigirse a ella era sencilla, afable, igual que la tenía con todo el mundo, la muchacha debió de juzgarle hombre terrible, atrevido y audaz. Roberto exageraba con ella un tanto la amabilidad, la dulzura, porque, sin duda, la tenía por una niña a la que había que mimar y procurar que no se asustase. Por eso, cuando delante de ella relataba alguna de las batallas navales a las que había asistido, lo hacía en unos términos que parecía como si hubiesen sido cosas divertidas de juego y en las que no había habido ningún peligro.

Sin embargo, la imaginación de Margarita ponía por su cuenta los tonos sombríos más próximos a la realidad.

Al terminar uno de sus relatos, la muchacha le preguntó en cierta ocasión al joven marino:

—¿Y cuántos resultaron muertos en tu navío?

Él, sin fijarse en el alcance de la pregunta, respondió con naturalidad:

—Éramos una dotación de ciento ochenta hombres, pues el barco era pequeño, y resultaron unos setenta muertos, a más de que fue raro el que no sacó alguna herida, pues el encuentro fue bastante duro.

Margarita no se parecía a su padre, ni tampoco a su madre. Era tímida, bondadosa y humilde. Se entusiasmaba fácilmente y tenía cierta tendencia a la melancolía y a tejer sueños en su imaginación, que debían de ser perspectivas de un amor tranquilo.

Su condición de docilidad la hacía acomodarse fácilmente a todo, y el trabajo de

la casa era lo que más le gustaba y entretenía. Su habilidad para bordar era grande, y hacía esta clase de labores con mucho primor.

Lo que no le gustaba era vivir con apuros familiares graves. Ya había conocido de niña el temor y la angustia a causa de la vida inquieta que llevaba su padre, y lo que deseaba era vegetar, aunque fuera en un pueblo tan triste como Mendoz.

A pesar de la poca prestancia de su prima Margarita, Roberto la trataba como a una princesa, pero ella no se enorgullecía. Comprendía, sin duda, que, no obstante su aire modesto, ella tenía distinción natural para muchas clases de vida, incluso, si se diera el caso, para las más brillantes: pero prefería ser humilde.

Con la llegada de Roberto, Margarita y Miguel Polanco empezaron a dejar de verse.

La muchacha se hizo cargo de que su padre deseaba que el pariente huésped fuese atendido y agasajado y que no toleraría otra cosa. Por su parte, el muchacho de la casa de Polanco juzgó también discreto el apartarse de su amiga, pensando tal vez que una actitud impertinente no haría más que empeorar la situación. De todos modos, el forastero y la leyenda o historia que le acompañaba le imponían algo, y él mismo subrayó su apartamiento, aunque esto le hiciese sufrir y sentir rencor por su supuesto rival.

Empezó a buscar mil pretextos para su alejamiento y para estar el menor tiempo posible en Mendoz, y se marchaba casi a diario a pueblos distantes, de modo que sus viajes le ocupasen jornadas enteras. «¿Qué podría él —se decía— contra un personaje superior, un oficial de la marina inglesa, con un hermoso uniforme bordado de oro y bien visto del holandés?». Confiaba solamente en la fidelidad de Margarita y en que la estancia de Roberto sería breve y este volvería a la nave de la que había saltado tan en mala hora.

Margarita, en los primeros tiempos en que estuvo su primo en Mendoz, le mandó recatadamente a Miguel algunas esquelas, en las que le decía que confiara en su amistad y que comprendiera las circunstancias y exigencias familiares. Luego, poco a poco, fue dejando de enviarle estas cartas.

Las reacciones que Margarita sentía ante Roberto eran un tanto complejas. Experimentaba en su presencia una mezcla de temor y de admiración. Se confesaba a sí misma que su primo llegaba a fascinarla, y sentía como desfallecer su voluntad cuando este le hablaba.

Ahora, siempre que Margarita salía, la acompañaba el marino. En el fondo, todas las muchachas del pueblo se enamoraban de Roberto y engarzaban mil fantasías alrededor de su persona.

En secreto, cada una envidiaba a Margarita el que recogiera todas las atenciones del forastero.

Entre las muchachas del pueblo se discutió cómo eran los ojos de Roberto, de qué color. Las unas decían que eran claros y grises; otras, que les parecían negros; pero todas los encontraban extraordinarios.

Era cierto que tenía un aire trágico y que había siempre en la fisonomía del marino un contraste discordante entre la expresión de los ojos y los rasgos amables de la cara.

En alguna conversación, estas muchachas llegaron a recordar burlescamente a la hija del holandés sus antiguas relaciones con Miguel de una manera bastante aviesa y malintencionada.

Margarita se puso muy colorada; pero se calló, sin discutir y sin darse por ofendida, aunque le dolía profundamente la envidia de sus amigas. El que no recogió las alusiones, aunque se dio cuenta de ellas, fue el marino.

Como era hombre que confiaba en sí mismo, le importaban poco los demás y no le daban cuidado las atenciones que otro hubiera podido tener antes para su prima.

Por otra parte, no cabía duda que le habían dejado a él el campo libre.

Quien tomó un gran entusiasmo por Roberto fue el Desesperado, que lo traducía afirmando con solemnidad de concedor.

«Es un bravo mozo que tiene mucho que dar que hablar a las gentes de mar.»

A la mujer de Wan-Hoff también le fue muy simpático el oficial de marina. Desde que llegó parecía doña Berta un poco más alegre y locuaz, ya que siempre se la había visto triste.

Ella, que era muy reservada, le confió al muchacho alguna de sus penas y el desasosiego que su marido le ocasionaba, pues a ella le parecía un hombre que se iba trastornando más cada día con sus proyectos locos, sus idas y venidas absurdas y sus obstinadas manías de solitario.

Dos o tres veces que doña Berta se cruzó al ir a algún sitio con el joven Miguel Polanco, que salía del pueblo para una de sus prolongadas escapadas, le miró desdeñosamente, como significándole: «Tú eres demasiado poco para mi hija. En esto, mi marido tiene razón».

La vieja Cathaliñ, la *Amuna*, sentía gran admiración por Roberto. Debía de considerarle como un peligroso encantador, como un príncipe de la magia.

LAS GENTES DEL PUEBLO empezaron ya a preguntarse respecto a Margarita: «¿Es que va a abandonar a Miguel Polanco?».

Cuando la muchacha paseaba con el marino, se la veía muy seria, pero a todas luces subyugada por su palabra y por la apostura del joven.

Alguna de las indiscretas amigas se atrevió a decirle:

—Bueno; ¿así que dejas a Miguel Polanco?

—Yo no estaba comprometida con él —contestó Margarita.

—¿Y cuándo te casas con Roberto?

La hija del holandés, que no tenía malicia, respondió ingenuamente:

—Roberto me llevará donde quiera, y yo no sabré resistirme a su voluntad; pero yo preferiría quedarme aquí cuando él se vaya.

—¿Y casarte con Miguel?

Se vio que Margarita luchaba en su interior con la incertidumbre.

—Eso no sé, no sé.

Esta sinceridad le valió a Margarita que la amiga indiscreta hiciese comentarios malévolos con las demás muchachas celosas y que la criticasen a sus anchas.

«Es una hipócrita —decía—. Todo es fingimiento en ella.»

Algunas señoras, al oír esta historia de Margarita y del marino, decían, sin comprometerse: «¡Ahí está, pues!».

En ese «¡Ahí está, pues!» había un sinfín de intenciones aviesas.

Poco a poco se iban sabiendo noticias del joven Roberto. El principal propagador de ellas era el Desesperado, que, a menudo, dejando la compañía de Wan-Hoff, se iba a ver al marino y a entretenerse echando con él una parrafada.

Entre las hazañas que el Desesperado contó de Roberto, le gustaba repetir la parte que el bravo oficial había tomado en el encuentro de la fragata inglesa *Eurotas* con la francesa *Clorinda*.

«Allí —afirmaba el Desesperado, con voz ronca, apropiada a las circunstancias del relato— se peleó de firme, y sonaron los cañones mucho más que en la más espantosa tempestad. Roberto se portó como debía. Un marino inglés, con grados, tiene que hacer honor a ellos, y este chico digo yo que hará mucha carrera.»

El Desesperado añadía a esto sus conocimientos sobre los corsarios ingleses. Según él, decían: «Sin botín, no hay paga. Todo el enemigo más allá de la línea». Y añadía: «Cuando los corsarios se pelean entre ellos, lo más que se roban son las barricadas de agua. Claro que el agua en medio del mar vale mucho».

Los pescadores a quienes el Desesperado hacía partícipes del regalo de su conversación y de estas descripciones le escuchaban boquiabiertos y con el respeto

debido a un hombre que había navegado mar adentro, que conocía el mundo y que había perdido una pierna en un combate.

Así, no había cosa pasada o presente con relación a Roberto que no se hablase o comentase, y su prestigio crecía en el pueblo. Era una mezcla de respeto y de envidia lo que, en general, inspiraba, aparte el secreto entusiasmo de la mayoría de las muchachas.

Una vez, Roberto fue con Margarita a un pueblo importante y rico, donde se celebraba una feria. Se pasearon, vieron las barracas y tenderetes, las rifas, los tiros al blanco y los cosmoramas o *tuti-li-mundi*, tirados por un borriquillo; observaron a los tipos que venían de otros lugares más o menos lejanos. El marino se mostró galante con su prima, y le regaló una cadenita de oro para el cuello y una medalla del mismo metal con una Virgen que se parecía a la Virgen de Usúa. Margarita no quería aceptar el presente, y se azoró y enrojeció toda cuando Roberto pasó con sus manos la cadenita por la cabeza de ella a dejarla sobre la blanca garganta.

En la feria abundaban los barquilleros y los puestos de refrescos, y la pareja comió algunos barquillos y bebió en unos vasos gruesos líquido granate de grosella.

Los mozos del lugar y de otros pueblos se amontonaban en las puertas de las tabernas y trasegaban sin descanso. Los mozos estaban casi todos borrachos y se mostraban muy alborotadores.

Cuando ya Margarita y Roberto iban a emprender el regreso, uno de estos mozos, un grandullón que había mirado a la muchacha con algún descaro, se echó sobre ella, haciéndose el torpe y el distraído. Roberto le cogió de la chaqueta y le rechazó con tal fuerza, que estuvo a punto de hacerle caer hacia atrás.

El grandullón, sin duda asombrado de esta energía en un señorito, y al mismo tiempo furioso, avanzó hacia Roberto con aire amenazador; pero el marino le sujetó de nuevo y le dijo: «¡Hala! ¡A tu casa, estúpido! A que se te pase la borrachera».

El mozo bajó la cabeza y se marchó como perro azotado.

Otra vez, en uno de los paseos que Margarita y Roberto acostumbraban dar, encontraron a unos gitanos, que les pidieron limosna. El joven se la dio a una vieja denegrada, que, después de mirar con aire de desdén la moneda, se puso a protestar y también a burlarse de la pareja. Roberto la invitó a que se callara y a que se conformase con lo que le había dado, que era bastante. Entonces, otro de los gitanos, un hombrachón tiznado y greñado, dispuesto a hacerle soltar su dinero al marino, sacó una navaja, la abrió con ruido y lanzó algunas frases desafiadoras.

Roberto, en un abrir y cerrar de ojos, saltó sobre el corpulento gitano, y le torció de tal modo la mano en que este tenía el arma, que le obligó a tirarla al suelo y a dar un grito de dolor.

A los gitanos les entró tal pánico, que se dispersaron rápidamente, sin pretender auxiliar a su compañero.

Roberto, con imperturbable calma, dio con el pie a la navaja en el suelo y ordenó al hombrachón, que no se atrevía a moverse y que se apretaba con la otra mano la

muñeca dolorida: «¡Hala! ¡Largo de aquí!».

Estos dos incidentes los supo todo el mundo en el pueblo, y, al correr de boca en boca, fueron adornándose de mil fantasías y detalles, de modo que sus versiones ya en nada se parecían a la realidad.

El caso es que al marino se le empezó a mirar como a persona temible, a la que había que tratar con respeto.

Al regreso de sus excursiones, Roberto solía pasar la velada con Margarita y doña Berta en la casa de estas. Iban algunas muchachas amigas y algunas señoras que hacían tertulia a la mujer del holandés. Otros días se encontraban solos. Cuando ocurría esto, Roberto tocaba el laúd y cantaba acompañándose de este instrumento para distraer a las dos mujeres. Cantaba serenatas de pescadores de Nápoles y de gondoleros de Venecia; canciones del barrio del Fanar, de Constantinopla, y de los puertos de Beirut y de Farnagusta. Entonaba también, con hermosa voz, romanzas de ópera: «La ci darem la mano», de *Don Juan*; «Non piu andrai farfallone amoroso», de *Las bodas de Fígaro*, y el aria de Querubín, de la misma obra de Mozart, conmovedora por su belleza tan pura:

*Voi che sapete  
che cosa e l'amor.*

Mientras Roberto tocaba y cantaba, Margarita, arrullada por la música, se ensimismaba en sus pensamientos.

Le parecía que empezaba a sentirse feliz, y lo hubiera sido completamente si hubiese podido cambiar el destino de Roberto y convertirle en un ser tranquilo, sin ambición aventurera. Su amor a la aventura y su felicidad y entusiasmo para ir tras lo desconocido, era lo que le inquietaba en él.

Se imaginaba ya mujer del marino, consumida en interminables esperas, con la incertidumbre de un regreso problemático y aislado en un puerto lleno de tráfago y de hoscos personajes, condenada al aislamiento. «Decididamente —pensaba—, no era vida el modo de vivir de la mujer de un marino». Por eso, tal vez en el fondo de su corazón, se aferraba la muchacha sinceramente a la imagen de una existencia vegetativa y triste, pero tranquila y sin zozobras, en Mendoz o en un pueblo parecido.

Margarita, poco a poco, había ido sintiendo indiferencia por Miguel, su antiguo pretendiente. En contraste con las complejas sensaciones que en ella despertaba Roberto, el hijo de la casa de Polanco se le antojaba demasiado simple y demasiado rústico. Desde que dejó de enviarle aquellas primeras esquelas, en que le decía que no olvidaba su amistad, le parecía a Margarita que todo había cambiado profundamente. Luego estuvo mucho tiempo sin verle, y solo, al cabo de algunas semanas, se cruzó con él, pero de cerca. El mozo se turbó aún más que ella, y apenas la saludó con un ademán, que se le antojó a la muchacha algo ridículo, debido a su torpeza y cortedad.

Después, no supo nuevas noticias de Miguel hasta que una de las mismas amigas oficiosas de siempre se presentó a contarle lo que ocurría.

El hijo de la casa de Polanco, después de andar taciturno una larga temporada, les había dicho a sus padres que tal vez reanudase sus estudios para cura, pues había visto que nada de lo demás le atraía. La madre del muchacho, que era mujer inteligente y que comprendía a su hijo, le había instado para que se tomase algún tiempo hasta adoptar definitivamente tal decisión de irse al seminario, pues a ella le parecía que su vocación, que nunca había sido muy firme para las privaciones de la vida ascética, era entonces, a pesar de la creencia de Miguel, menor que nunca.

De todos modos, Margarita le preguntó a su amiga:

—Y tú, ¿qué crees que hará?

—Vete tú a saber —le respondió la muchacha—. Yo creo que ya ha renunciado a ti, en vista de lo de Roberto, y terminará cura.

A Margarita no dejó de hacerle algún efecto la noticia; pero acaso se le olvidó pronto la impresión, pues estaba en los momentos en que se hallaba ya completamente dominada por la prestancia del marino.

Las relaciones entre Margarita y Roberto satisfacían de lleno a Wan-Hoff, que de cuando en cuando invitaba a su sobrino a ir a la atalaya, y, una vez allí, se encerraba con él, después de ofrecerle un tabaco dorado, que fumaban en unas pipas, y unas copas de vino añejo. El tabaco se lo mandaban al holandés de su tierra, y este, además, lo mezclaba con unas hierbas misteriosas y le echaba miel; luego lo guardaba en unos botes de latón.

De lo que hablaban Wan-Hoff y su sobrino, nadie pudo enterarse nunca. De si le puso o no en antecedentes del espionaje que sufría por parte de Trifón y el Cartagenero, es cosa que no se supo tampoco.

Lo que sí es cierto es que, por entonces, los enemigos de Wan-Hoff hicieron mucho más discreta su vigilancia, y no menudearon sus aproximaciones a la atalaya... Por lo visto, tenían miedo del joven marino, y debían de creerle capaz, al menor aviso, de tomar resoluciones más violentas que su tío. Acaso esta idea se la hizo tener un hecho sin importancia.

Una noche, al entrar Roberto en la taberna del Chipirón, vio que estaban bebiendo dos hombres. Eran Trifón Galerna y el Cartagenero. Roberto pidió su cena, y se fue a sentar a una mesa algo apartada de las pocas que había.

Los dos hombres hablaban con la posadera y bebían unos vasos de vino.

Enfrascados en su conversación, y tal vez un poco intoxicados, no volvieron la cabeza para ver al que pedía de comer.

Roberto, con la mayor naturalidad, quiso hacer una prueba.

Llamó al posadero, y le dijo desde su sitio, en voz alta: «Sírvales a los amigos dos vasos más, a mi cuenta».

Automáticamente se volvieron los dos hombres, que se quedaron sorprendidos por lo inesperado de la voz y de la invitación.

Con aire amistoso, pero mirándolos muy fijamente, el marino les dijo a uno primero y después al otro: «Tú eres Trifón, ¿verdad...? Y tú el Cartagenero, ¿no es

cierto?».

Ambos, cortados como estaban, le dijeron que sí y le dieron tímidamente las gracias por la bebida que les servían.

Como quien no quiere la cosa y mirando ya hacia otra parte, sin darles ninguna importancia, Roberto dijo en voz baja, pero de modo que le oyesen bien: «Sí, ya lo sabía; ya me habían hablado de vosotros».

Durante una temporada, a Trifón y al Cartagenero parecía que se los había tragado la tierra.

El holandés, sin embargo, desconfiaba, y no dejaba de decírselo al Desesperado.

—Te digo que esos maquinan algo. Tú mismo lo verás como algo maquinan. No sé lo que quieren. Pero si me buscan, me van a encontrar.

—Bueno —decía el Desesperado—; pero ahora ya no le buscan a usted.

—Te digo que me van a encontrar —recalcaba con terquedad Wan-Hoff.

—No hay que hacer caso. Es gente que no vale la pena.

—Tienes razón. El mejor día vamos a salir de este agujero, y luego, cuando menos se lo esperen, vamos a volver en un barco empavesado con sus velas blancas y sus banderolas.

MARGARITA había perdido un poco la noción del tiempo, y seguramente Roberto también. Ambos debieron de llegar a creerse que no vivían unas circunstancias transitorias, sino que aquellos días de plácido abandono no iban a terminarse nunca.

La muchacha se acostumbraba a la compañía casi constante del marino, y sus incertidumbres y temores sobre él ya apenas si la asaltaban de tarde en tarde. En el fondo, comenzaba a sentirse protegida y amada de una manera que nunca había soñado. La forma en que la trataba Roberto le inspiraba cada vez mayor confianza, y en muchos momentos debió de creerse que era ella la infantita del cuento que un príncipe azul rodea de atenciones.

Desde hacía tiempo, Roberto había dejado de ponerse su vistoso uniforme, y vestía sencillamente chaqueta y calzón y botas altas. Le gustaba ir con la cabeza descubierta, lo que le daba a esta y a su figura una mayor gallardía y un aire más natural.

Así iban transcurriendo las semanas para la pareja, que, sin duda, se hallaba en un mundo feliz.

La poca gente leída que había en el pueblo los comparaba con Romeo y Julieta, con Pablo y Virginia, o con alguna que otra pareja de amantes célebres.

Transcurrieron los días y las semanas en esta placidez dichosa, cuando una tarde se presentó Roberto en Olaran. Llevaba un aire que desmentía su alegría y su serenidad habituales, y disimulaba mal que estaba sombrío y preocupado.

Ella se lo notó, y le preguntó qué le pasaba; Roberto le dijo que nada anormal le ocurría.

Efectivamente, salieron de paseo como de costumbre. Hablaron de mil cosas sin importancia, y Roberto fue recobrando su aspecto normal.

Sin embargo, notó Margarita que su primo, involuntariamente, dejaba escapar, cada vez que decía algo, palabras con disimulada ternura. Aunque siempre la había tratado así, había como un matiz de emoción en sus frases, que a la muchacha le produjo, sin saber por qué, cierta inquietud.

Transcurrió la velada como todas; pero, aunque las dos mujeres estuvieran solas con el marino, este no cantó, sino que habló e hizo hablar todo el tiempo a Margarita.

Dijo Roberto que, realmente, la vida del marino era dura, y que acaso valiera más un hogar feliz en tierra firme que el más hermoso barco y la más maravillosa de las aventuras.

Margarita se le quedó mirando, y asintió: «Eso mismo he creído yo siempre».

Al marcharse aquella noche, Roberto parecía un poco indeciso, como si algo le retuviera.

—Hasta mañana —dijo, por fin, a Margarita, después de despedirse de doña Berta.

—Hasta mañana, Roberto.

Y se apretaron las manos, como siempre.

La muchacha corrió al cristal de la ventana para verle marchar.

En la esquina de la calle, que estaba bastante oscura, se veía la bola verde del escaparate de la botica. Margarita le vio a su primo detenerse, extraer de su zamarra un papel, que desdobló, y leerlo atentamente. Después se guardó Roberto el papel y desapareció en la oscuridad.

Dicen algunos que aquella noche, en vez de irse a la posada, Roberto tomó el camino de la atalaya, y que al llegar a la casa del holandés, este le estaba esperando.

Aunque se aventuraron muchas suposiciones acerca de su conversación, no se supo cuál fue. Lo que se asegura es que al salir el marino, ya cerca de la madrugada, le aguardaba el Desesperado, y este le acompañó hasta la taberna del Chipirón.

También dicen los que se consideran buenos sabedores de la historia que el holandés le entregó a su sobrino una cartera que era pequeña y estaba atada por una correa nueva.

A la mañana siguiente, no muy temprano, el Desesperado llegó a casa de Margarita y le dio una carta.

«Roberto me dijo anoche que te trajera hoy este papel.»

Margarita desdobló el pliego y leyó lo siguiente: «He sido llamado con premura al servicio de mi goleta. No renuncio a ti ni jamás podría renunciar después de haberte conocido. Confío en volver para quedarme aquí para siempre, para que ya no tengamos que separarnos más. Espérame confiada en mi estrella. Adiós».

A Margarita se le llenaron los ojos de lágrimas y se puso a llorar silenciosamente.

Aquella tarde no quiso salir de paseo, y cuando llegaron las amigas, curiosas y deseosas de saber detalles de la partida del marino, pues ya la voz había corrido por Mendoz, tuvo que soportar, para no dar que decir, toda la avalancha de indiscretas preguntas y responder a ellas con cierta naturalidad, lo que la obligó a sobreponerse a su decaimiento y a su tristeza.

Los días que sucedieron al de la marcha del marino, Margarita acentuó su retraimiento, y, con el pretexto de que iba todos los días a misa, que era muy temprano, no salió de su cuarto para hacer tertulia durante la velada; sus amigas empezaron a reunirse en otra casa, y dejaron de ir a ver las señoras a doña Berta.

**D**URANTE LA PRIMERA SEMANA de ausencia de Roberto, el holandés no salió de la atalaya, ni siquiera para ir a ver a su mujer y a su hija, y estas tampoco acudieron a ver a Wan-Hoff. La que subía todos los días, por si se le ofrecía algo al amo, era Catalina.

En aquel tiempo se presentó de improviso un muchacho, sobrino de Catalina, que dijo que venía del pueblo de ella, de Elorrio. Como la vieja no había estado allí desde hacía cuarenta años, no lo conocía. Este le transmitió el encargo que sus padres hacían a la parienta, de que le ayudase a darle algún modo de vivir, si podía.

El chico parecía un tanto extravagante, a juzgar por su manera de hablar.

—¿Quién te dijo que vinieses? —le preguntó, malhumorada, la vieja.

—Me cansé yo de estar en Elorrio; quería ver otros pueblos.

Catalina le pidió a Wan-Hoff que le albergase en la atalaya y que le tomase como criado. El muchacho se llamaba Tomás; pero por lo que se dijo, en Elorrio le conocían por *Chirrichu*, que quería decir algo como ‘el conejito’. Según ella, Chirrichu era fiel y obediente.

Wan-Hoff, después de dudarle, le dijo con sequedad a Catalina: «Que se quede, pero que no estorbe; porque, de lo contrario, le echo».

Catalina le indicó al holandés que Margarita se estaba poniendo muy triste, que apenas si probaba bocado y que no decía cuatro palabras en todo el día.

El holandés se decidió a bajar al pueblo para ver a su hija. Estuvo cariñoso con ella y con doña Berta en lo que cabía; pero no dijo nada nuevo del marino.

«Le han llamado; es de la escuadra inglesa. No tiene más que obedecer.»

Miguel Polanco, al enterarse de que Roberto se había marchado, empezó a salir menos frecuentemente del pueblo, y procuraba pasar de cuando en cuando frente a la casa de su antigua novia. No se atrevía a llamar y preguntar a doña Berta por ella, y se conformaba con mirar de paso a las ventanas, detrás de cuyos cristales nunca vislumbraba a nadie.

Luego se dijo que Margarita estaba enferma de melancolía; pero si alguien se atrevía a preguntar a Catalina, esta respondía vivamente: «¡Qué va a estar! ¿No la ven los domingos en la iglesia?».

Margarita no iba a la misa mayor, para evitar la curiosidad de las vecinas.

Así, sin hacer más que estas salidas, transcurrieron, por lo menos, dos o tres meses.

Uno de los domingos, cuando regresaba a su casa, vio venir ella a Miguel, que se hacía el encontradizo.

Miguel la saludó con una sonrisa triste, no acertaba a decirle nada, pero se

detuvo; por fin, se atrevió a hablarle:

—¿Qué tal estás, Margarita?

—Bien. ¿Y tú, Miguel?

—Yo soy el mismo que siempre.

—Me marchó, porque me espera en casa mi madre, que tiene que ir luego a la iglesia.

Y se separaron.

Miguel, sin embargo, se marchó contento.

Empezó a mostrar una cierta alegría en los días siguientes.

Su madre, que le venía observando, le preguntó uno de ellos, sin dar importancia a su pregunta:

—Qué, ¿has pensado ya si vas o no al seminario?

Miguel respondió:

—Decididamente, madre, yo creo que usted lleva razón, que no tengo vocación para cura.

LLEGÓ LA ÉPOCA de la vuelta de Fernando VII y de la reacción. El holandés, por lo que se dijo, estaba pensando por entonces en marcharse del pueblo. Veía la situación mal. El Cartagenero y Trifón Galerna volvieron a manifestarle abiertamente su enemistad y le denunciaron como conspirador y como masón. Ello no era más que el pretexto para registrarle la casa de la atalaya. Se la registraron, y no encontraron ni papeles, ni tesoros, ni nada.

Wan-Hoff, que conocía la pequeña playa maravillosamente, había hallado a unos quinientos metros de su misma vivienda una hendidura en la roca bastante profunda y que no había manera de dar con ella.

Sin duda, allí había guardado sus cofres. Los realistas del capitán Ocharán, el Cartagenero y Trifón, registraron también los alrededores, y no hallaron lo que buscaban. Supusieron si el joven marino inglés se llevaría con él los tesoros. No en vano, según ellos, el holandés demostró a las claras que tenía puestas en su sobrino sus esperanzas, y pensó casarle, y todavía podía ser que lo pensara, con su hija Margarita.

A Wan-Hoff le preocupó siempre el espionaje del Cartagenero y de Trifón. Estos, que eran vagos por naturaleza, y que jamás habían hecho gran cosa para ganarse la vida, se hallaban como hipnotizados por el tesoro del holandés y se habían jurado que no se les escaparía de las manos.

El holandés, mucho más astuto que ellos, seguía las maniobras de los dos hombres y veía cómo, a pesar de los esfuerzos que hacían, no acertaban a dar en el clavo. Wan-Hoff abrigaba la seguridad de que no descubrirían su escondrijo.

Lo que más desesperaba al Cartagenero y a Trifón era que tampoco daban con ninguno de los libros que seguramente tenía el holandés, y que debían de estar llenos de conjuros y de fórmulas misteriosas de magia, que le servían para sus mezclas químicas y para descubrir filones de oro en las entrañas de la tierra.

El instinto del peligro pareció agrupar en aquellos momentos alrededor del holandés a sus incondicionales amigos y servidores: al Desesperado, a Chirrichu y a la Catalina. Esta se pasaba casi todo el tiempo en la atalaya y dejaba el trabajo de la casa de su señora doña Berta a otra chica que su ama había tomado.

Catalina obedecía con fervor supersticioso a Wan-Hoff, y se había agudizado en ella su vocación por las cosas de brujería. El holandés mandaba a la vieja como un déspota. La criada debía de considerarle como un mago para quien todo era posible.

El Cartagenero y Trifón estrechaban cada vez más su espionaje, y podía decirse que ya no les importaba desencadenar en cualquier momento la batalla todavía más a las claras. Querían el tesoro del holandés a toda costa.

De cuando en cuando Wan-Hoff decía a sus amigos en tono de advertencia: «Hay que vivir prevenidos».

Todos asentían; hasta *Teufel*, el perro negro, parecía hacerlo con un guiño.

El holandés, cuyo carácter se mostraba muy variable por aquellos días, no siempre era duro con Catalina, sino que, a veces, le contaba mil historias y fantasías que la traían trastornada. Así, creía ella en la importancia de todo lo que había hecho Wan-Hoff por el mundo. Cuando el amo le mandaba tener el horno encendido, sin dejarlo apagar, ella cumplía la orden ciegamente, aunque le costara permanecer en vela toda la noche hasta que el patrón volviera. La manera despótica de ser tratada por el holandés la empleaba, a su vez, Catalina con su sobrino Chirrichu, al que había transmitido su admiración por Wan-Hoff.

«Chirrichu —le decía—, el amo encarga que le tengamos el fuego del horno hasta que él venga. Hoy no se duerme.»

Chirrichu, más que extravagante, era algo loco; tenía una figura desgarrada y rara y parecía un conejo albino. De aquí le venía su apodo. Su edad era de unos dieciséis a diecisiete años; pero lo mismo se podía pensar que tenía catorce que diecinueve, pues era una mezcla de niño grande y de mozo desmedrado. Creía en brujas y en fantasmas, trabajaba cuando le daba la gana, y cuando no, se quedaba hecho un vago.

Como estaba tan encanijado, la Catalina recomendó a Chirrichu que cuando viera a un pobre que se le caía un trozo de pan, lo recogiera del suelo y se lo comiera, y se le quitaría la ruina.

Chirrichu se hizo obediente.

Si el holandés mandaba algo, o su tía le ordenaba invocando a Wan-Hoff en tono autoritario, solía hacer lo que se le decía de cabeza.

Mientras no había consigna especial, Chirrichu andaba por todas las hendiduras del acantilado; quizá esperaba encontrar algo par allí; cuando volvía de noche, tenía el capricho de cantar como un gallo, y la Catalina, que lo sabía, le abría y le daba algo de comer.

Desde que el holandés le tomó bajo su protección, Chirrichu le consideraba como el hombre más admirable de la tierra, y todo cuanto decía el amo le parecía maravilloso. Chirrichu y *Teufel* se hicieron grandes amigos, y el chico y el mastín cruzado de Terranova parecían dos perros, en lugar de un perro y un muchacho.

*Teufel* entendía a todos los de la atalaya. Cuando se ponía a gruñir, la Catalina le decía: «¡Calla, *Teufel*! —Y añadía, en vascuence—: *Ishó!* (‘¡Silencio!’)».

Y el perro se callaba o gruñía más por lo bajo.

El Desesperado, en esta temporada, tampoco se separaba apenas del holandés, y era el que entraba y salía con él constantemente y le acompañaba a todas partes.

Por aquel tiempo, el humor del holandés se puso todavía más agrio. No iba casi nunca al pueblo a visitar a su mujer y a su hija, y lo que ellas hacían se le antojaba absurdo.

Una noticia inesperada vino a hundirle más en su mal humor.

Una tarde se presentaron doña Berta y Margarita, acompañadas de Miguel, en la atalaya y le dijeron que su hija y el mozo de Polanco querían que diera su consentimiento para su matrimonio, pues deseaban casarse en seguida.

El holandés se les quedó mirando a los tres fijamente, y luego preguntó con un dejo de desprecio:

—¿Es cosa decidida?

Doña Berta intervino:

—A falta solo de que tú consientas.

Los novios parecían algo azorados; pero doña Berta se hallaba asistida como de una extrema decisión que la hacía mantenerse entera frente a su marido.

Este vaciló aún algunos segundos y murmuró, por fin:

—Haced lo que os dé la gana.

Luego les dijo que otro día se verían más despacio, con lo que quería significarles que ya sobraban allí. Y doña Berta y los novios se marcharon.

Cuando se fueron sin hacer alusión a la visita, Wan-Hoff se puso a hablar a Catalina de que tenía en sus manos recursos enormes para mover el mundo.

«Yo te explicaré otro día lo que tengo pensado.»

Luego añadió, refiriéndose a su hija: «Estos es mejor que se casen... y nos dejen en paz. No tienen más que ideas pequeñas».

Al poco rato se metió en su cuarto y trajo para leer una novela titulada *Guy Mannering, o el astrólogo*, de Walter Scott.

La Catalina conocía este libro, porque el amo, cuando tenía ganas, se lo explicaba para ver cómo la vieja escuchaba llena de interés y de preocupación. El holandés comparaba a su criada con la bruja gitana llamada Meg Merrilies, que aparece en esta novela del ilustre escritor de Escocia.

Después de comentar las frases del libro, Wan-Hoff se metió en la cocina, donde la Catalina hacía la cena y Chirrichu se calentaba los pies, y se puso a hablar de los tesoros escondidos que había en el mundo, y los describió de una manera ansiosa y ardiente.

Había tesoros en las profundidades de la tierra y en el fondo de los mares: el tesoro de los incas, el de Eldorado, el de los galeones de Vigo.

También les describió las riquezas de las iglesias, monasterios y santuarios. Cerca de Castro-Urdiales, según él decía, había un tesoro, y otro, en Oviedo, y en León.

De estos tesoros pasó a hablar de los que él tenía guardados. A la Catalina y a Chirrichu les enseñó los lingotes de oro y de plata, y les prometió que un día les enseñaría las piedras preciosas que tenía en un sitio secreto que nadie podía averiguar.

—Y las piedras preciosas, ¿valen más que el oro? —preguntó Chirrichu.

—Más, más aún.

A Chirrichu, que era muy curioso, le hubiera gustado mucho saber dónde se encontraban aquellas piedras, y le preguntó sin malicia al holandés dónde estaban y si

las había metido en algún lugar de la atalaya, o entre las rocas; pero el holandés le dio al chico una manotada cariñosa y le dijo: «No hay que ser curioso...; tú tendrás tu parte».

Cuando Chirrichu se quedaba solo con la Catalina, todo se le volvía hacer cábalas sobre el escondrijo.

—Amuna, ¿te figuras tú dónde tendrá esas riquezas el patrón?

—¡Qué sé yo, chico, qué sé yo! —contestaba ella.

La Amuna y Chirrichu ayudaban a Wan-Hoff en sus trabajos de fundición, y después, la vieja hacía café y traía una botella de aguardiente. Casi siempre, a la misma hora, aparecía el Desesperado, y todos juntos se ponían a beber y a charlar hasta las altas horas de la noche. Acariciaban grandes proyectos. Wan-Hoff, como su hija se casaba y doña Berta se quedaría con ella y con su yerno, pensaba irse a América y llevarlos al Desesperado, a Catalina, a Chirrichu y a *Teufel*, y, una vez allí, en tierra casi deshabitada, vivirían como reyes.

LAS TORMENTAS DEL EQUINOCCIO fueron aquel año terribles. Las mareas subían muy altas.

El holandés anduvo con mucha frecuencia por la playa para comprobar que las olas no llegaban hasta el escondrijo en donde él tenía escondido el tesoro. De buena gana lo hubiera retirado de allí y lo hubiera llevado, mientras el tiempo de tempestades siguiese, a la atalaya; pero el Cartagenero y Trifón le espiaban constantemente, y uno de los compinches que habían llamado a la parte anduvo siguiéndole a Wan-Hoff los pasos con diferentes motivos, para ver si este se descubría a sí mismo.

Se mostraba el holandés muy preocupado. Sin duda, tenía pensadas y preparadas muchas argucias para salir del paso; pero la impaciencia le consumía. Estaba temeroso, y a nadie le comunicaba sus temores. Acaso, al único al que le dijo algo sobre su intranquilidad fue al Desesperado.

Una noche de mediados de noviembre, bastante fría, estuvieron hablando largo rato el holandés y el Desesperado. El holandés tenía la persiana abierta y miraba por el cristal de la habitación la noche negra. De pronto, Wan-Hoff se puso sus botas altas y dijo que iba a salir.

—¿Va usted a casa del ama? —preguntó Catalina, pensando si iría a ver a doña Berta y a su hija.

—No.

El holandés abrió la ventana de par en par. Era una noche tibia de luna y se veía muy bien la playa de los Muertos y el acantilado, así como todas las puntas y las anfractuosidades de las rocas. Había una fuerte marejada.

En esta noche de falsa calma, la luna azulada parecía ir atravesando los nubarrones grises con sus bordes claros, y las lanchas en el puerto se balanceaban sobre el agua, que parecía de plata.

—¿Quiere usted compañía? —le preguntó el Desesperado.

—Sí; si quiere usted venir, venga usted.

—No hay inconveniente.

—Que venga también Chirrichu.

Al salir, el Desesperado dijo:

—Catalina creía que iba usted a casa de su hija.

Wan-Hoff se quedó sin responder nada. Al cabo de un momento indicó:

—Ahora vamos a la playa, a retirar de allí algo que vale.

—Tenemos que ir con precaución —advirtió el Desesperado.

—Vigilaremos —dijo con sequedad el holandés.

Chirrichu marchaba un poco detrás de ellos, y muy junto a él, como un tremendo bulto negro, *Teufel*.

Al abrir la ventana, antes de salir de la casa, el holandés había visto a la luz de la luna a Trifón, que saltaba de roca en roca, bordeando la playa de los Muertos. Ya litera de la vivienda, cuando avanzaban Wan-Hoff con el Desesperado, Chirrichu y el perro, volvió a distinguirlo. Miró con el anteojo y comprobó que era él.

—Dentro de poco —dijo Wan-Hoff— vamos a saber lo que quiere ese hombre.

El Desesperado sugirió:

—Podríamos atajarle.

—Ya veremos.

Empezó a levantarse un viento terrible y comenzaron a formarse en el cielo nubarrones que lo encapotaban; todavía brillaba la luna a ratos al pasar por delante de ella las nubes.

Hubo un momento en que el acantilado y la arena de su playa parecían algo mágico.

Trifón debió de ver a los hombres y al perro que marchaban a su encuentro. Sin duda, le entró un pánico enorme, y echó a correr de prisa en dirección al monte. Probablemente, encontró el atajo y salió a gatas del laberinto de peñas. Al poco rato había desaparecido.

El holandés quería recoger su tesoro y trasladarlo a la casa de la atalaya.

Llegaron a las rocas. El holandés guiaba la pequeña comitiva.

Catalina había salido fuera de la construcción de la atalaya y desde allí trataba de divisarlos. Estuvo algún tiempo sin poder distinguirlos.

Poco después aparecieron a lo lejos los bultos de los hombres y el perro. El cielo se iba encapotando cada vez más. Pudo apreciar a Wan-Hoff, al Desesperado y a Chirrichu, que andaban penosamente. Los hombres iban por las rocas. El holandés marchaba con grandes precauciones para no resbalarse. La luna se ocultó por completo; el viento se hizo aún más fuerte, y comenzó a llover. Catalina ya no los siguió viendo. Las ráfagas del vendaval parecía que iban a arrastrar la casa de la atalaya por el aire. El cielo se había puesto todo negro. El mar estallaba con sus olas contra el acantilado. Catalina decidió meterse en la casa.

El grupo que guiaba el holandés siguió avanzando hasta acercarse al sitio donde estaba la hendidura en que Wan-Hoff tenía escondido su tesoro. Por fin, salvando los obstáculos que aún quedaban, llegó el grupo al escondrijo.

Al poco rato, cada uno de los tres hombres salía con una caja cargada al hombro. Sortearon los golpes de agua que chocaban contra las peñas y bajaron los hombres y el perro a la playa para recorrerla. Por la arena caminaban muy difícilmente bajo el cargamento. El mar se tragaba la arena con el oleaje y había una fuerte resaca. Chirrichu se quejaba del peso, que le agobiaba, y aseguraba que no tenía fuerzas para continuar. De pronto se desató en llanto ruidosamente, mientras gritaba:

—¡No puedo! ¡Ya no puedo!

El holandés masculló con ira:

—Se revienta antes que detenerse. No tienes sangre en las venas.

El Desesperado le dijo cariñosamente, aunque con su acento bronco:

—Vamos a esperar un rato. Deja la carga en el suelo. Yo te ayudaré. Los hombres ni se rinden ni lloran, aunque se les echen encima mil pares de demonios.

Chirrichu echó su caja al suelo y, pasados unos minutos, dijo:

—Ahora respondo que llegaré hasta la escalera de la casa.

Se lanzaron los tres hacia la atalaya.

Entre los nubarrones asomó de pronto otra vez la luna. *Teufel* estaba todo mojado y le brillaba con la mojadura el pelo negro.

Poco a poco, siempre con trabajo, el grupo fue acercándose a la casa de la atalaya, que aparecía en lo alto, hasta que se hallaron al pie de la escalera de piedra. Chirrichu estaba verdaderamente rendido.

El Desesperado le dijo al chico: «Suelta aquí tu bulto y espera con *Teufel*, cuidando de él».

El holandés subió delante con su caja al hombro. El Desesperado le siguió con la suya. Después volvió solo, cargó la que había traído Chirrichu y comenzó a subir de nuevo. Su pata de palo chocaba contra los peldaños mal tallados de piedra y hacía un ruido sonoro. Detrás subían el muchacho y el animal.

Cuando estuvieron en la casa se dedicaron a secarse en el fuego, que había mantenido la Catalina.

—¿Y lo han traído todo? —preguntó la vieja.

—Todo está aquí.

Entre los cuatro se bebieron en pocos minutos una botella entera de aguardiente.

El holandés ordenó a Catalina:

—Trae otra.

La trajo, y no tardaron en apurarla.

Por cada copa que los hombres tomaban, el Desesperado servía dos a la criada, que las tomaba, como ellos hacían, de un trago.

Chirrichu no llegó a la segunda botella. Se había quedado profundamente dormido, recostado en un banco de madera.

Ante los ojos de la Cathaliñ empezó a oscilar la habitación con un movimiento de vaivén.

De repente comenzó a tutearle a Wan-Hoff.

—Oye, amo. ¿Me vas a enseñar todo ahora? Pero todo, ¡todo! El oro, la plata, las piedras preciosas que tienes. Aquella vez solo me enseñaste una parte..., una parte...; ahora, todo...; si no, te denuncio.

—¿Tú me denunciarás?

—Sí. Porque eres un egoísta.

—Bueno, vamos a bebernos el aguardiente que queda. ¿Te crees que ha sido poco trabajo traer las cajas desde allí lejos?

—Ya comprendo que no.

—¿Están bien cerradas las puertas?

—Sí.

—Pues echa otra ronda.

La Catalina bebió y siguió diciendo con impertinencia:

—Quiero que me enseñes el oro, la plata, las piedras preciosas. Porque desde ahora voy a mandar yo.

Wan-Hoff, con un destello de cólera en los ojos, le dijo:

—Te lo enseñaré todo. No tenemos ninguna prisa, tenemos que descansar y después salir. Es preferible dormir un rato, aunque será mejor antes tomar la última ronda.

Wan-Hoff sacó una botella de otro color y sirvió a la vieja, al Desesperado y se sirvió él. Dejó beber a la vieja e impidió que el Desesperado bebiera. Él tampoco lo hizo.

—Te lo enseñaré todo. No tenemos ninguna prisa.

La Cathaliñ bebió. Fue a decir algo, tal vez a repetir su demanda; pero cruzó los brazos sobre la tosca mesa redonda de madera que tenía delante, dobló la cabeza y cayó en un sueño más profundo aún que el de Chirrichu.

El holandés dijo al Desesperado:

—Voy a descansar un poco; descansa tú también las horas que quedan. A la madrugada traes el balandro y despiertas a Chirrichu. Yo estaré en pie. —Y luego, mirando irónicamente a la vieja, añadió—: Esta... que duerma, ya que a última hora ha demostrado su estupidez y su mala intención.

—Además, nos estorbaría —dijo el Desesperado.

—Tienes razón.

—Esta ya no despierta hasta entrada la mañana.

—No —terminó Wan-Hoff—. Tiene peso en la cabeza para muchas horas.

El Desesperado encendió su pipa y estuvo vigilando el cuarto con su mirada brillante de águila.

Luego, como si de repente le hubiera pasado el efecto paralizador del alcohol, hizo varios preparativos. Bebió unos vasos de agua y quedó despejado. Wan-Hoff anduvo yendo y viniendo por la casa.

AL COMENZAR A AMANECER, el Desesperado salió de la casa, y poco después apareció con una balandra, provista de su vela, al pie de la subida de la atalaya. Luego de traerla, ascendió por las escaleras y despertó a Chirrichu. El chico se levantó. El holandés estaba despierto y preparado. La vieja Catalina continuaba durmiendo pesadamente.

Entre los dos hombres y el muchacho bajaron los cofres y unos talegos, en los que habían ido metiendo provisiones de boca. Apenas se veía aún. Una neblina dominaba el mar. El Desesperado, en una de las idas y venidas a la barca, no dejó de acordarse del pequeño arsenal guerrero de que disponían, y llevó dos escopetas de cañón largo, otra que tenía un cañón corto y que era muy gruesa de culata y parecía muy nueva, y una caja alargada de madera, brillante, que contenía cuatro pistolas. También llevó herramientas y dos hachas que la noche anterior había limpiado cuidadosamente.

Antes de embarcar, el Desesperado llamó al Chirrichu y, entregándole un largo cuchillo, le dijo: «Esto para ti. Hoy empiezas a ser hombre».

Terminados los preparativos, embarcaron Wan-Hoff, Chirrichu y el Desesperado. *A Teufel*, que no se había separado de ellos ni un instante, no lo dejaron subir en la balandra.

Luego, el Desesperado desamarró y se puso al timón, y la pequeña barca se separó de la atalaya.

Al poco izaron la vela, y la lancha se fue alejando hasta convertirse en un punto negro y perderse después en el mar.

Cuando ya la balandra había desaparecido, el perro se puso a ladrar y estuvo ladrando mucho tiempo con unos ladridos estruendosos, hasta que despertó a la Catalina.

Lo primero que notó la vieja al despertarse fue que tenía flojas las piernas y la cabeza pesada. No se acordaba bien de lo que había sucedido la noche anterior. Poco a poco se fue dando cuenta.

De pronto, tras de recorrer aturdida y asombrada la casa, lo comprendió todo.

Palideció, y se le marcaron en su cara más arrugas aún de las que ya tenía. Le entró un ataque de ira, cerró los puños y se puso a gritar: «¡Ladrones! ¡Bandidos! ¡Me dejan sola y se van! ¡Canallas!».

Wan-Hoff, el Desesperado y Chirrichu no volvieron. Nunca se supo nada de ellos.

La Catalina recordó después, reflexionando, que había hablado al holandés violentamente, que le había exigido que le mostrara el tesoro, que le había amenazado con denunciarle y le había dicho que desde aquel instante iba a mandar ella.

De todos modos, no se resignaba a que la hubieran abandonado allí, y, después de

gritar hasta desgañitarse, cedió su ataque de ira y comenzó a llorar amargamente.

Se echó un manto negro por la cabeza y bajó de la atalaya en dirección al pueblo viejo, seguida de *Teufel*.

Así hicieron la mujer y el perro su entrada en el barrio.

Desde luego, las pocas gentes que pasaban miraron aquellos dos bultos negros y siniestros con extrañeza y se preguntaron: «¿Qué le ocurrirá al holandés por allá arriba?».

Algunos chicos, que estaban jugando en la calle, fueron tras ellos; pero a cierta distancia, pues *Teufel* les daba miedo.

La Catalina llamó en la casa de Polanco y dijo que quería ver a doña Berta.

Cuando esta le preguntó qué ocurría, Catalina se destapó la cara, que traía cubierta por su manto, y con una sonrisa que era una mueca trágica y con los ojos brillantes todavía por las lágrimas, contó que el holandés y sus compañeros se habían marchado.

Doña Berta escuchó con atención el relato de la vieja, pero sin conmoverse ni alterarse en modo alguno.

Al ver su actitud, le dijo Catalina:

—Y usted, ¿qué dice?

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué es lo que dice usted?

—Nada. ¿Qué quiere usted que le diga?

Tuvo la Catalina un nuevo acceso de ira, producido, sin duda, por la calma absoluta de doña Berta. Y no se pudo contener.

—Pero ¡es que se han llevado el tesoro! ¡Se han llevado el tesoro! ¡Los muy ladrones! ¡Sin dejar nada!

Con la misma serenidad, doña Berta le replicó, fríamente:

—Si algo se han llevado, debía ser suyo. A usted no le debe importar... ¡Ni a mí tampoco!

La Catalina se echó a reír irónicamente, presa de un nuevo ataque nervioso.

—¡Dice que no le importa! ¡Dice que no le importa que su marido se escape...! ¡Y con el tesoro!

Y se fue andando con torpeza, mezclando pasos cortos con zancadas, seguida del perro negro *Teufel*.

En una esquina había un grupo de mozos que estaban jugando a la pelota.

Uno de los mozos gritó: «¡Bruja! *Amuna sorguiña!*».

Y los demás celebraron la gracia con risotadas.

WAN-HOFF, EL DESESPERADO Y CHIRRICHU, como se presumía, no volvieron nunca a aparecer por Mendoz. No se presentó el barco empavesado con sus velas blancas y sus banderolas que decía el holandés.

El pueblo supo en seguida la noticia de la fuga de los dos hombres y del muchacho, pues era una novedad sensacional, y esta corrió como la pólvora.

Pasó el tiempo, y, aunque algunas gentes decían que el mejor día se presentarían los extraños personajes, llegando de cualquier lugar lejano del mundo, el caso es que jamás se supo absolutamente nada de ellos.

Al principio, los que no podían dominar su curiosidad, preguntaron a doña Berta, que dijo que su marido hacía tiempo había dicho que quería marcharse.

Doña Berta y su hija continuaron su vida normal, en compañía de Miguel, el marido de Margarita, y esta tuvo, poco después de la huida de su padre, un hijo.

Si la fuga de los dos hombres con el muchacho y las cajas de los tesoros fue sensacional, los comentarios que se hicieron eran pasto de todas las conversaciones, y no terminaron.

Unos describieron, como si la hubieran visto, la marcha de Wan-Hoff y de su gente para buscar las cajas del tesoro, atravesando en la noche tormentosa. Y los narradores no escatimaban detalles. Decían que el tesoro lo tenían guardado en un agujero que había en una roca y que cerraban esta con unas grandes piedras. Los cofres que allí tuvo el holandés pesaban enormemente, y había uno cuyo peso era lo menos de dos arrobas. Afirmaban, además, que, cuando los hombres y el muchacho fueron a buscar lo que tenía Wan-Hoff escondido, llevaron un saco, en el que guardaron el contenido de la caja y que apenas podían transportar.

Otros de los que se creían bien enterados aseguraban que no había tal cosa, y que, por el contrario, todos los cofres eran susceptibles de ser transportados con un poco de esfuerzo, y que por eso no había quedado ninguno en el escondrijo.

También había gente en el pueblo que sospechaba que nadie había dado con el lugar verdadero donde el tesoro de Wan-Hoff había estado escondido. De hallarse donde se había dicho, era necesario dar un salto de cuatro o cinco varas para bajar a la playa, y el holandés no había dado nunca ese salto. Sin embargo, el sitio se quedó con el nombre del Salto del Holandés.

Los que afirmaban que no hubo nunca tal salto razonaban diciendo que saltar desde una altura de cuatro o cinco varas de noche y con carga y caer, como era necesario, sobre unas rocas resbaladizas, resultaba peligrosísimo. Así que los más avisados comprendieron que en el agujero próximo al Salto del Holandés no era donde había estado oculto el tesoro.

En la descripción del suceso, hecha por unos u otros, la habilidad de Tritón y del Cartagenero quedaba por el suelo, y todo el mundo se burló de ellos y los consideró como unos tontos.

Estos, que continuaban locos de obsesión con la idea de encontrar algo, registraron minuciosamente la playa del acantilado hasta la peña Horadada, y entraron en todos los resquicios y covachas, expuestos muchas veces a perniquebrarse. No encontraron nada.

Desesperados ya, pero tenaces, fueron a ver a Catalina y le pidieron que ella, con el perro, inspeccionase de nuevo aquellos sitios. Fue la vieja; pero sus andanzas tampoco dieron resultado. El perro ladró al llegar a algunas hendiduras de las peñas, en las que los codiciosos obsesionados miraron con sumo cuidado y no hallaron la menor cosa.

Después, Trifón y el Cartagenero registraron la atalaya. Se dijo que allí hallaron un lingote de oro; pero ellos, al parecer, declararon explícitamente que no hubo tal cosa.

La vieja Catalina llegó a adquirir cierta simpatía entre la gente del puerto. En la taberna del Chipirón la consideraban como una mujer que había sido engañada, y la solían convidar a beber lo que quisiese.

Un día, la vieja fue a despedirse de doña Berta y de Margarita, y desapareció con *Teufel*.

Algunos contaron que la criada del holandés había ido a pedir por los caminos y las aldeas seguida del perro. Hubo también quien aseguró que había vuelto a Elorrio, donde se dijo que la vieron, y que allí no trabajaba, pues le pasaban una pensión.

Esto de la pensión quedó siempre muy oscuro; nadie podía decir quién le daba el dinero a la vieja. Se supuso que se lo mandaba, desde no se sabía dónde, el holandés.

Se dijo también que un año más tarde, o cosa así, de la fuga de los hombres y el muchacho con el tesoro, doña Berta y Margarita fueron llamadas a un banco de Bilbao, que les entregó a cada una sumas de dinero considerables.

Todo quedó en el misterio, lo que hizo que el recuerdo de lo ocurrido siguiera comentándose durante mucho tiempo.

—Y ÉSTA ES LA HISTORIA —dijo el médico, don Fructuoso, al cura y a Juanito Amez, que le habían escuchado.

Entonces Juanito y el párroco dieron su opinión acerca de la veracidad del relato. ¿No sería una historia fabulosa? ¿No tendría partes inventadas? ¿Quién lo podría saber?

El tipo del holandés le parecía a Juanito un poco de novela antigua. Él había leído, de chico, unos libros de Walter Scott y del vizconde de Arlincourt que eran del mismo estilo.

—No, eso, no —dijo el cura—. Yo no veo por qué ha de estar inventando ese tipo. Comprendo que un hombre que tenga una gran preocupación por la riqueza sea así, como el holandés. En cambio, tipos como la vieja Catalina, yo creo que no los hay en el País Vasco.

—¿Cómo que no? —dijo don Fructuoso—, yo he conocido una igual, que curaba con emplastos y hacía ensalmos.

—A mí, de chico —replicó Juanito—, por lo que he oído a mi madre, una vieja me sanó pasándome por la rama desgajada de un árbol, la noche de San Juan, para curarme una quebradura.

—Claro —añadió don Fructuoso— que luego, a estas viejas, la fantasía las rodea de otros poderes y atributos, y las gentes aseguran que vuelan sobre los tejados, y que son capaces de hacer bailar solas a las escobas sin que nadie las toque.

—¿Y lo del perro negro?

—El perro negro, amenazador, y que casi echó friego por los ojos, que acompaña a un tipo misterioso, esto sí que parece que está inventado —indicó el médico.

—Naturalmente —dijo, asintiendo, el cura.

—¿Y por qué? —preguntó Juanito.

—En muchos pueblos se cuenta eso del perro para asustar a los chicos.

—Pues yo no lo he oído nunca —replicó Amez.

—Yo, sí —insistió el cura—, y este perro debe de ser el diablo.

No lograban ponerse de acuerdo en sus opiniones.

Era la hora de marcharse, y Juanito Amez y Rip-Rip, que había aparecido después de devorar su ración de sueño, se despidieron del cura y del médico, don Fructuoso, y subieron al coche...

PÍO BAROJA

**los  
buscadores  
de  
tesoros**

  
epublico

I

---

EL DOCTOR SORÁIZ

A ESTE MÉDICO le conocí una noche en la terraza del casino de San Sebastián. Era la época en que aquella terraza era el punto de cita de la gente madrileña que se consideraba distinguida y de la donostiarra de la misma clase y condición.

En nuestra tertulia hubo un viejo cantante, creo que barítono, que se dedicó a hablar con petulancia de las fantasías misteriosas que entonces estaban en boga, y ahora, en parte, también, como el espiritismo, el hipnotismo, la telepatía y otras entelequias y formas de la antigua magia, más o menos renovadas.

El hombre creía, sin duda, que, por haber cantado *La Favorita* y *Rigoletto* en varias ciudades de Europa y América, podía pasar por un sabio en cuestiones de psicología patológica y de enfermedades mentales. Suponía, probablemente, que nadie había oído hablar de Charcot y de Bernheim, de las invenciones más o menos modestas de la clínica de la Salpêtrière y de las extraordinarias y descomunales de lo que por entonces se llamaba la escuela de Nancy.

Me preguntaron, como médico, qué opinión tenía de todo aquello, y yo contesté que, en cuestiones parecidas, no creía más que en lo que había visto, y que como había visto muy poco, o, mejor dicho, no había visto nada, no daba ningún crédito a esta faramalla misteriosa.

Un médico, por entonces joven, que estaba en la tertulia, se encargó de demoler, entre bromas y veras, cuanto había dicho nuestro amigo el viejo cantante, y lo hizo de tal modo, que el barítono se marchó incomodado y furioso, como si le hubieran silbado en la *vendetta* de *Rigoletto*, y aseguró que nadie tenía espíritu ni curiosidad científica. Para él, como para muchos, espiritismo era algo muy próximo a espiritualidad. Esta es la consecuencia de creer en el valor absoluto de las palabras.

El médico que se encargó de la poda de las fantasías del barítono había estudiado la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, de Claudio Bernard, y empleaba una argumentación contundente.

El médico era hombre alto, con la cabeza redonda, un poco juanetuda, aunque correcta; los ojos, azules claros, y la expresión, burlona. Vestía elegantemente, y al despedirse dijo que se marchaba a su pueblo en automóvil, porque no vivía en la ciudad. Se llamaba el doctor Soráiz.

Unos meses después, en una estancia corta que hice en Deva, en casa de una señora amiga que me convidó a pasar unos días, encontré de nuevo al doctor, quien me invitó a ir a verle a un pueblo próximo de la costa guipuzcoana, donde vivía.

Fui allí a visitarle. Vi que tenía mucha clientela y fama, no solo en el pueblo, sino en las villas y aldeas de los alrededores. Se le consideraba como un buen médico, y, en realidad, lo era; es decir, estaba a la altura de su renombre, cosa no siempre

frecuente, pues entre los médicos hay muchas reputaciones falsas y que no tienen ninguna base.

El doctor Soráiz vivía con su mujer, que era de familia rica, y tenía una hermosa casa antigua modernizada con mucho talento.

Soráiz era hombre práctico. Su casa, por dentro, me dio la impresión de hallarse en ella todo perfectamente dispuesto por un tipo ordenado y metódico. Tenía calefacción central, entonces lujo raro e inusitado; hermoso jardín, huerta, de la que, sin duda, obtenía buenos productos, y garaje.

En su despacho se veían los aparatos perfectamente dispuestos en vitrinas cerradas, de cristales limpiísimos. Próximo a su gabinete de médico tenía un saloncito para recibir a los amigos, con una biblioteca de más de mil volúmenes, en su mayor parte en francés, inglés y alemán, casi todos modernos; una pianola, un gran aparato de radio y varios paisajes de Regoyos y de otros impresionistas.

Soráiz había viajado bastante; hacía frecuentes excursiones a París y a Berlín y volvía con libros curiosos, que colocaba en su biblioteca, y que luego, durante el invierno, leía en su casa cómoda y confortablemente.

Le interesaba mucho lo relacionado con los desórdenes nerviosos: la locura, la histeria, las supersticiones y cuanto se halla en el campo de la psicopatología.

De estos estudios hablaba luego en broma, como de chifladuras, sin ningún provecho práctico. Soráiz tenía muy buen sentido en toda clase de asuntos y una visión clara de las cosas, quizá demasiado positiva.

Varias veces le pregunté yo cómo no se le había ocurrido ir a establecerse a Madrid.

—No, no —me contestó, riendo—. Aquí vivo mejor. ¿Usted sabe lo que es la lucha de los médicos en una ciudad grande?

—Me lo figuro.

—Es algo feo, miserable, y, sobre todo, poco cómodo. ¡No soy comedor de sapos! Aquí marchó tranquilamente. Gano bien mis veinte o veinticinco mil pesetas al año; mi mujer tiene algunas fincas, que no rentan gran cosa, pero que administramos bien. De cuando en cuando voy a pasar unas semanas al extranjero. He estado varias veces en París, en Londres y en Berlín. Tengo, además, en el pueblo una clientela educada, comodísima.

—¿Y cómo se las ha arreglado usted para eso? —le pregunté.

—Pues mire usted: tengo un compañero, padre de familia numerosa, que necesita ganar bastante para sostener su prole, y el buen hombre está encantado con que yo le deje casi todos los casos de urgencia. Yo paso la visita por la mañana, y solo para las consultas voy por la tarde o por la noche. Puedo hacer mis recorridos por el campo en automóvil, y a veces con mis dos chicos, cuando vienen del colegio donde están internos. Tengo tiempo para leer, para tocar la pianola y oír los conciertos por la radio sin molestar a los vecinos. Crea usted que no me cambio por un médico famoso de gran ciudad. Estoy mejor en este rincón.

—Sí, es muy posible —le dije yo—; la vida suya debe de ser agradable; pero para sus curiosidades de carácter psicopatológico está usted como un marino dentro de tierra.

—Sí, es cierto —contestó él—; pero en las aldeas y en los campos se encuentran también historias clínicas raras, si uno es curioso de lo que podría llamarse la paleontología psicológica. Se pueden ver en el campo casos interesantes de supervivencia de tipos pasados.

—¿Usted cree?

—Sí.

—¿Usted los recuerda?

—Sí; le contaré a usted, si no tiene nada que hacer, la historia de un personaje de una aldea, que a mí me parece un caso de chamanismo dentro del País Vasco.

—Le oiré a usted con gusto. Cuéntela usted.

—SOY DE UNA ALDEA GUIPUZCOANA de la comarca de Aitzgorri —comenzó diciendo el doctor Soráiz—. Hace unos veinticinco o treinta años, yo tenía veintitrés y estaba aquí de interino, cuando el médico de mi pueblo, don Domingo Zubizarreta, a quien conocía de estudiante, me escribió una carta diciéndome que estaba muy enfermo y, sobre todo, muy deprimido. Tenía una dolencia cardíaca incipiente y deseaba que le viera.

Don Domingo, a quien algunos llamaban *Don Chomin*, era buena persona; pero, como dicen en el país, un *chocholo*, es decir, un hombre impresionable y un poco maniático.

Yo hacía dos años que había acabado la carrera; pero estuve los tres últimos de interno, trabajando en la clínica de San Carlos con el doctor San Martín, en Madrid, y ya no era un novato, y creo, sin ilusiones, que era hombre que sabía hacer un diagnóstico y que tenía alguna práctica.

Al día siguiente de recibir la carta de don Domingo esperé la diligencia y la tomé para llegar a Zumárraga.

Era un día muy lluvioso; el coche vino casi vacío.

Me metí dentro, en un ambiente húmedo, en donde todo parecía rezumar vapor de agua. Los cristales estaban chorreando, y el hule de los asientos, mojado.

En el interior no íbamos más que una vieja campesina, muy aguileña, con un pañuelo negro a la cabeza, al estilo de las viudas del país, y un tipo grueso y rojo, vestido de lana azul, que parecía una morsa, y que llegó corriendo y sudando, envuelto en un vaho que echaba de su traje y de todo su cuerpo, como los caballos de la diligencia. Sin duda, había venido desalado para coger el coche.

Hablamos, y me dijo que era marino, natural de Motrico, y que iba a Bilbao a encargarse de un barco como capitán. Había viajado bastante de piloto.

—¿Viajes monótonos? —insinué yo.

—No siempre —contestó él—. A veces ha visto uno cosas curiosas.

Efectivamente, me contó algunas aventuras con cierta gracia y me habló de tipos raros que había conocido mientras navegaba. Me entretuvo mucho, y tanto fue así, que, cuando llegamos a Zumárraga, entré en el mismo vagón que él para seguir charlando; pero al poco tiempo tuve que despedirme del marino y bajar en el apeadero, en el cual me esperaba un muchacho con un caballo que me llevaría a visitar a don Domingo, el médico, en mi pueblo.

Mientras marchaba por senderos y atajos arcillosos, medio inundados por la lluvia, iba recordando los cuentos del marino.

Entre los tipos que había conocido viajando por el Pacífico, el que más le había

chocado, y de quien hizo una descripción completa, fue un tibetano, gran fumador de opio, que se decía chamán.

Esta palabra yo no la había oído nunca.

El tibetano se tumbaba en su hamaca y contaba al de Motrico los procedimientos que empleaba para obligar a sus dioses indiferentes a que le favorecieran de una manera o de otra.

Mi paisano aseguró, con gran seriedad, que las veces que el supuesto chamán se había propuesto conseguir algo con sus procedimientos mágicos lo había logrado. Sus prácticas las hacía con mucho misterio y sin que nadie se enterase; solo se confiaba en su amigo vasco.

Llevaba colgada al cuello, por un cordón negro, una piedra verde oscura, con vetas, que ponía delante de los ojos, muy cerca, y que le producía un verdadero letargo. El marino de Motrico no pudo asegurar si aquello era una piedra, una madera o un producto animal. Alguna vez, el tibetano quiso iniciar en sus procedimientos al vasco; pero a este le daban miedo sus misterios, las drogas que fumaba o tomaba y la piedra verde, o lo que fuera, colgada del cordón negro.

A veces, el chamán descolgaba el cordón del cuello, y con la piedra sujeta a uno de los extremos hacía molinetes en el aire y producía un ruido de moscardoneo, y con este zumbido se sentía contento.

Como yo —dijo el doctor Soráiz— no había oído hablar nunca de la bramadera, le hice varias preguntas al marino, que me explicó que en ella no había nada de extraño, pues era igual que el juguete que hacen los chicos atando una piedra o un trozo de madera a una cuerda y dándole vueltas en el aire.

No me cayeron en saco roto las explicaciones del marino, y pocos días después, cuando llegué a casa, pedí un libro sobre los chamanes a Londres, que me interesó profundamente.

Pero, en fin, no es del chamanismo, del que se ha escrito mucho, de lo que yo le quiero hablar, y sigo con mi cuento.

Pasadas dos horas de marcha a caballo por terrenos difíciles y ásperos y caminos resbaladizos, comencé a ver el perfil de mi aldea. Se destacaba con sus tejados oscuros y su torre negruzca en una revuelta de la carretera.

La casa donde vivía el médico amigo mío, la casa de Legazpi, era bastante grande, de piedra gris, tenía delante un jardincillo enlosado, con hierbas que bordeaban las losas, y a los lados de la entrada, algunos árboles altos y delgados, quizá por la falta de aire y de luz, y dos escudos en la fachada.

Pasé al zaguán, húmedo, subí dos tramos de escalera y fui por un pasillo a un despacho que tenía un papel azul de otra época, con florones dorados de un color marchito.

La casa era antigua y estaba adosada a la iglesia, y las habitaciones de mi amigo don Domingo se hallaban como colgadas hacia el estrecho valle, por donde pasaban un arroyo y la carretera.

Vino a saludarme la señora de la casa, doña Dolores, que cuidaba de don Domingo. La saludé efusivamente; la conocía de la infancia, y me hizo pasar a un gabinete pequeño con papel rojo ya deslucido.

—¡Hola, don Chomin! —le dije.

—¿Ya estás aquí?

—Sí; me dice usted que me necesita, y aquí estoy.

—Te tengo que contar muchas cosas. Siéntate. Esto, chico, va muy mal.

—¡Bah! ¡No haga usted caso! Es usted un hombre aprensivo.

—¿Crees tú?

—¡Lo ha sido usted siempre!

—Sí, es verdad. Ahora, más que del médico, necesito del amigo.

Don Domingo era viudo. Estuvo casado con una muchacha americana, hija de un indiano, y le había quedado una niña pequeña, de diez o doce años, que se llamaba Adolfina.

Don Domingo vivía en casa de una señora viuda de un empleado de una fábrica de cemento. Esta señora, doña Dolores Bengoa, había estado casada con don Juan Legazpi, y no tenía más fortuna que la casa y un caserío, con lo cual apenas podía vivir.

Doña Dolores tenía una hija soltera, de gran tipo, muy buena y trabajadora y que iba marchitándose un poco en el celibato y en la soledad de la aldea.

Paz Legazpi y Bengoa era alta, morena, con hermosos ojos, el pelo brillante y ondulado. Al principio parecía una mujer un poco entonada; pero a medida que se hablaba con ella se veía lo alegre, lo simpática y lo bondadosa que era.

Las dos mujeres, madre e hija, cuando yo las conocí de chico, me pareció que tenían pretensiones aristocráticas; pero después vi que cuidaban de don Domingo y de su hija, soportaban los malos humores, mezclados con los achaques de la enfermedad de mi amigo, y mimaban a la niña hasta hacerla caprichosa y antojadiza. Madre e hija, doña Dolores y Paz, eran extremadamente devotas.

MI COMPAÑERO DON DOMINGO, alias *Don Chomin*, era neurasténico; como le he dicho a usted, un *chocholo*. Creía estar mucho más enfermo de lo que, en realidad, estaba; era impresionable e incapaz de contarme de una manera lógica y ordenada lo que le pasaba, y yo no quería tratarle como el cura del pueblo, don Ramón, hombre de genio vivo, que, cuando discutía con él, le interrumpía, diciéndole constantemente: «¡Al grano, don Domingo, al grano!».

Yo ya sabía que el excitarle era procedimiento malo para hacerle hablar, porque se ofendía, se exaltaba y, al último, se encerraba en un mutismo irritado. Por tal motivo, le dejé que se explicara ampliamente y que se dedicara a toda clase de divagaciones.

Lo primero de que me habló don Domingo fue de la secta de los milenaristas, que había habido en Durango, y que aún tenía ramificaciones en el pueblo. Me contó detalles sobre esta secta, que yo conocía de antemano, y que dirigía en la villa vizcaína una familia compuesta de un matrimonio de simuladores, con un chico, y que pretendían ser: él, San José; ella, la Virgen, y el pequeño, el Niño Jesús.

Según don Domingo, estas fantasías y otras parecidas habían llegado, más o menos transformadas, a nuestra aldea, y existía, por el momento, una epidemia de espiritismo, más o menos claro, que iba contagiando a todo el pueblo.

En su misma casa, por lo que contó, doña Dolores y Paz, en vez de rechazar estas sugerencias absurdas, las aceptaban, aunque un poco modificadas, al parecer, de buen grado.

Después de hablar de esta epidemia de aire mistagógico, se refirió a un tipo a quien gustaban tales novedades, y que era su inspirador. El hombre visitaba las principales casas del pueblo. Se llamaba don Teófilo Ibiricu, y algunos le decían *el Director*, porque lo había sido años antes de unas minas próximas, y otros le conocían por don Teo.

El Director era un viejo flaco, de pequeña estatura, con unos ojos que se le desviaban, de color verde, pálido y turbio, lo que le daba una expresión extraña. Llevaba la barba y el pelo teñidos con un color muy negro, que se le corría con frecuencia por la piel de la cara, y le dejaba grandes manchones de pelo blanco en la cabeza. Sin duda, su falta de vista le hacía que se aplicara mal el tinte.

Llevaba barba espesa y melenas, y su cara tenía algo de las figuras asirias. Recordaba por su aire enigmático las esfinges aladas del palacio de Khorsabad, que ahora están en el Museo del Louvre, en París.

La expresión del rostro de don Teo era siempre fija, irónica y malévol. No era fácil saber si él mismo acentuaba su carácter para hacerse más interesante y tenebroso.

Vestía con frecuencia pantalones claros, gabán negro, sombrero de paja, y llevaba un bastón de madera blanca con nudos, colgado de una correa que daba vueltas a la muñeca. En verano usaba blusa negra de seda con cordones en el cuello y boina azul.

Don Teo hablaba de manera insinuante y melosa, pero a veces con despotismo y con brío. Había viajado por toda España y América; había sido contratista de obras; contaba historias extrañas, y, según él, conoció y tuvo amistad con grandes personajes.

Muchas características raras presentaba el Director. Una de ellas era no pagar la casa donde vivía, en la que, sin duda, le albergaban por creerle muy rico.

Pensaban los que le acogían que cuando muriera serían sus herederos, y le dejaban en la casa uno de los mejores cuartos con un gran balcón de madera, que caía hacia la huerta.

En el cuarto suyo nadie entraba, pues él mismo hacía la limpieza y arreglaba la cama.

Alguna vez que se descuidó en dejar la llave puesta, las mujeres de la casa se asomaron, y vieron que tenía una serie de chucherías, entre ellas varias imágenes muy feas, que dijeron que podían ser de chinos o de negros.

Había una figura de un indio vestido de tela que tocaba el tambor y otra de un hombre chato y amarillo sentado con las piernas cruzadas.

Además de esto se veían en el cuarto varios exvotos, manos de azabache, cuernos, medallas y un gran amontonamiento de cosas sin objeto determinado, pero que para el dueño debían de tener importancia.

En unos vasares de madera de pino tenía revueltos y llenos de polvo una balanza, un alambique, muestras de minerales, recortes de periódicos, frascos de todas clases y cacharros de productos químicos.

Don Teo era un mitómano, inventaba historias y creía en ellas.

Se manifestaba naturista y teósofo, partidario del sistema del abate Kneip, que entonces comenzaba a estar en boga.

Se bañaba en un abrevadero de la carretera, a veces en pleno invierno, y también en un estanque medio pantanoso que se formaba con las lluvias de octubre y noviembre en una concavidad del monte.

Tomaba baños de sol y daba saltos gimnásticos en el balcón de madera que tenía en su cuarto. Si alguien le espiaba, se levantaba y le miraba atentamente como una esfinge. Los chicos se asustaban y echaban a correr.

Con frecuencia también, el Director, cuando iba por la carretera, cogía su bastón y hacía molinetes por encima de su cabeza. Otras veces los hacía con una cuerda. Este ejercicio le parecía muy bueno para los músculos. Decía que manejaba el lazo como un verdadero gaucho.

Efectivamente, en distintas ocasiones quiso demostrar su habilidad, y echó la cuerda con el nudo corredizo, y cogió animales y cosas a gran distancia.

Don Teo no tenía ningún miedo a los sapos ni a los reptiles, y muchas veces se le

había visto que guardaba en el bolsillo alguna pequeña serpiente, a la que ponía en la mano sin molestia ni repulsión.

Otra cosa que le caracterizaba era coger hongos, que todos los sabios del pueblo consideraban peligrosísimos, y comerlos, sin que le pasara nada.

Naturalmente, la mayoría de la gente del pueblo le tenía por brujo, y había quien decía que no debía llamársele don Teo, sino don Ateo.

Durante largo tiempo, nuestro hombre, al hablar de su edad, se quitaba años, y aseguraba que tenía quince o veinte menos de los que, en realidad, tenía; pero después hizo todo lo contrario, y aunque contaba setenta, aseguraba que se acercaba a los noventa.

En cuestiones de alimentación era también raro; había días en los cuales comía solo tomates crudos, cebollas o puerros y otros se alimentaba de carnes, a veces tomaba siete u ocho copas de aguardiente o de coñac seguidas, y otras estaba sin beber una sola gota de vino.

Pasaba también temporadas tomando una medicina que él hacía con ajos, y en otras tomaba gotas de láudano.

En cierta época tragaba por las mañanas una bola de arcilla, pues decía que los hombres eran hijos de la tierra, y la tierra no podía hacer más que darles vida.

Una vez le llamó a don Domingo, el médico, a su casa, porque padecía una inflamación de los ojos. Al llegar el médico se lo encontró con que tenía un vomito de sangre.

Don Domingo quiso examinarle, saber lo que le pasaba y averiguar si esta sangre era del estómago o del pulmón; pero el Director le dijo, secamente: «No se ocupe usted de eso. Esto me lo curaré yo. Usted ocúpese de los ojos y nada más».

**D**ON TEÓFILO IBIRICU, *el Director*, tenía una reunión en la cocina de la casa donde vivía, y a la que acudían sus conocidos y sus fieles, sobre todo en las noches de invierno.

Los amigos de don Teo no tenían buena fama en la aldea; eran forasteros y andaban metidos en negocios un tanto oscuros.

Uno de estos era Anchoca, el afilador, hombre joven, de cara ancha, grueso y colorado y vestido siempre de claro. Había vivido en un molino bastante lejos del pueblo, de donde venía, con su rueda de afilar, en un carro tirado por un caballo.

Anchoca era hijo de una curandera de los contornos que había tenido algún renombre y se había suicidado colgándose de la rama de un árbol. Por entonces se decía que el afilador se dedicaba a escribir anónimos y a sembrar la cizaña entre la gente. Después había venido a vivir a la calle del pueblo, y alquiló un almacén mixto de todo, pues se vendían allí telas, comestibles, vino, muebles, zapatos y otras mil cosas. En la tienda había un rincón donde se afilaban cuchillos y tijeras.

La gente decía que Anchoca era un intrigante, que iba reuniendo dinero, prestado sobre casas y caseríos, y era lo cierto que siempre estaba metido en pleitos.

Otro de los asiduos a la reunión era un capataz despedido de la fábrica de un pueblo próximo, al parecer por un desfalco. Le llamaban por su buen humor *Carnaval*. Era un tipo alto, pálido, bufonesco, con cara de rana, que en ocasiones se hacía el tonto. Le gustaba burlarse de unos y de otros, y algunas veces lo hacía con mucha gracia y humorismo, y sus frases y sus apodos corrían por el pueblo y por los alrededores. La gente se reía de sus salidas, aunque algunos le trataban con desprecio.

Carnaval tenía la familia en Bilbao, mujer y varios hijos; la mujer, según decían, era buena persona y muy trabajadora; pero él la satirizaba para hacer reír a los demás. De los hijos, algunos ya mozos, no se ocupaba apenas, y ellos despreciaban a su padre. Carnaval andaba de un lado para otro, metido en negocios, no siempre muy lícitos.

El molino donde había vivido varios años Anchoca, el afilador, estaba en el camino de un caserío lejano llamado Bustiñgorri ('Arcilla roja'), por donde corría el arroyo Sorguiñerreca ('el arroyo de las Brujas'). Este caserío era de dos hermanos viejos, que vivían allí con la hija, casada, de uno de ellos y la nieta, que era una muchacha muy guapa.

Uno de estos hermanos, el mayor, y soltero, a quien llamaban con la última parte del nombre de su caserío, Gorri, estaba muy próximo a la perturbación. Tenía, entre otras, la manía de los tesoros ocultos.

Creía que, con la brújula, que llamaba «ormana», y basándose en ciertos indicios

que él conocía, podía encontrar grandes cantidades de oro.

Con esta manía, Gorri había hecho algunas excavaciones y puesto cartuchos de dinamita en los montes, entre las rocas, exponiéndose a quedar destrozado en una explosión.

Anchoca, el afilador, siempre que veía al viejo le llamaba y le hacía preguntas acerca de los tesoros escondidos y del modo de descubrirlos. Algunas veces se reía de él, y le enseñaba monedas de cobre doradas, haciéndole creer que eran de oro, y le decía que las había encontrado en la carretera, debajo de una piedra, o en el agujero de una roca.

El viejo Gorri se lo creía, pero no le daba mucha importancia, porque aseguraba que los depósitos de oro que él sabía dónde estaban eran inmensos, y que los tenía señalados y que se hallaban en montículos constituidos por piedras, donde los escondieron hacía muchísimos años los gentiles, que eran personas muy sabias.

Anchoca, el afilador, habló varias veces de estas fantasías de Gorri en las reuniones de don Teo, *el Director*, y este pensó que quizá lo que decía el viejo loco no era una tontería y que había que preguntarle de una manera hábil y conquistarle para que dijera lo que supiese y tomar datos para poder explorar los sitios señalados por las grandes piedras.

Los montículos, por lo que Anchoca, el afilador, había podido colegir, estaban en la vertiente de un monte llamado Pagózar o Pagasarri, en terrenos que pertenecían a una señora que vivía en San Sebastián, la cual tenía como casero un tipo terco y testarudo, a quien sería difícil convencer para que se hiciera en su campo una exploración y a quien llamaban *Sastraco*.

Según decía el médico, don Domingo, don Teo, *el Director*, sobre todo cuando él no estaba, venía a la casa de Legazpi a visitar a doña Dolores Bengoa y a su hija Paz para convencerlas y catequizarlas. Les explicaba una serie de teorías y de prácticas del espiritismo. Había convencido a las dos de que Paz tenía condiciones de médium, y que debía irlas cultivando con cuidado. Según él, llegaría, a poco que se propusiera, a tener la doble vista, a hacer materializaciones y hasta a cambiar de sexo y de personalidad, es decir, a convertirse en pájaro o en otro animal, siempre que le conviniera.

Al mismo tiempo, quería convencer a la muchacha, unas veces en serio y otras en broma, de que, para salvarse, había primero que pecar, pues estaban mucho más cerca de la perfección mística los arrepentidos que los que no habían pecado nunca.

Según aseguraba don Teo, había que forzar a las potencias espirituales a que hicieran las cosas, porque si no esas fuerzas se dormían y no se ocupaban de los hombres. Él tenía la pretensión de conocer la manera de obligar a ser activas a esas potencias sobrenaturales.

—**C**OMO VE USTED —me dijo el doctor Soráiz— no hace falta ir al centro del Asia, a las tierras de los mogoles, para encontrar el chamanismo. Don Teo, *el Director*, era un chamán sin saberlo. Tenía la teoría de que las divinidades eran ociosas, *dii otiosi*, que decían los latinos; también las consideraba maléficas y demoníacas, más que bienhechoras. Por cierto que en un trabajo que tengo aquí, de un alemán, profesor de la Universidad de Córdoba, en la Argentina, se dice que los vascos, como descendientes de los sumerios o protocaldeos, debían de practicar en tiempos lejanos el chamanismo. Esto me parece fantástico.

—A mí también.

—Pero hay que reconocer que don Teo, *el Director*, era un chamán perfecto. Lo único que le faltaba era la bramadera, ese juguete que, atado a una cuerda, se hace girar en el aire, y produce un rumor que los ingleses llaman el bramido del toro, *bullroarer*. En los misterios de Eleusis se usaba y se le atribuía *rhombos*, y los australianos piensan que es la voz de la divinidad.

—Usted ha dicho —indiqué yo al doctor Soráiz— que cuando andaba solo por la carretera se le veía al Director dar vueltas a su bastón por encima de su cabeza haciéndolo zumbear en el aire, y que le gustaba también trazar círculos con una cuerda, de manera que ni eso le faltaba para ser un auténtico chamán.

—¡Es verdad! ¡Todo lo tenía! Sin embargo, le faltaba el sonajero, formado por una calabaza llena de piedrecitas, que también es esencial en el chamán. Dejando esto, lo que más preocupa a mi amigo don Domingo era que Paz, la hija de doña Dolores Bengoa, estaba muy impresionada, e iba entrando, al parecer, cada vez más, en aquellas ideas absurdas, creyendo lo que le decía el viejo. Mi amigo temía que aquel hombre trastornara por completo a la muchacha.

A la madre la embaucaba con otras cosas. Le contaba cómo había averiguado el lugar donde unos hombres legendarios, que los aldeanos en su ignorancia llamaban gentiles, pero que él sabía que eran de tiempo más antiguo que el de los gentiles, colocaban piedras de cierta manera para saber el lugar donde enterraban a sus jefes o reyes, y que a estas piedras llamaban modernamente los científicos dólmenes.

Él no quería decir esto a todo el mundo; sobre todo, no quería decírselo a sus ignorantes amigos; pero valía la pena de aprovecharse de la simpleza de un pobre hombre de un caserío como Gorri, que sabía dónde existían estas piedras. Seguramente, se guardaban en estos túmulos, con los restos de algún rey o de algún jefe, tesoros de oro y de plata y de piedras preciosas.

Doña Dolores, la patrona de don Domingo, no hablaba espontáneamente de lo que don Teo, *el Director*, le comunicaba, y tampoco su hija, Paz. Había que irles

preguntando con habilidad para que fueran contando los proyectos del Director, haciendo como si se tratara de cosas indiferentes.

La patrona, doña Dolores, tenía por don Domingo cierta hostilidad por no haber pedido la mano de su hija; pero mi compañero no había tomado esa decisión por timidez y cobardía.

Don Domingo se enteró de que Anchoca, el afilador, había llevado una noche a la casa de don Teo al viejo Gorri. Le había dado a este unos cigarros y unas copas de aguardiente, y el viejo no había parado de hablar en toda la noche, excitado y medio loco.

Decía este hombre que a la «ormana» (la brújula) había que ponerle un alambre pequeño en la punta, y encima de este alambre una moneda de oro, y entonces el aparato indicaba una dirección, y allí estaba el precioso metal metido en una piel de becerro, que algunas veces tenía la forma de un buey y los cuernos de oro macizo.

Gorri sabía dónde estaba el túmulo en el cual, según él, se encontraba el tesoro.

Subiendo el monte, en la dirección del pico de Pagózar, que otros llamaban Pagasarri, había una explanada con helechales, que se conocía con el nombre de Pagogaña.

Esta explanada pertenecía a dos aldeas próximas. En la vertiente sur de la explanada estaba el caserío Pagogaña Berria, y a trescientos o cuatrocientos metros el túmulo o montículo con sus piedras, llamado Gentil Eche ('casa de los Gentiles').

Todos estos nombres, Pagózar, Pagasarri y Pagogaña, están relacionados con los hayales y con el haya, árbol que en el País Vasco antiguo quizá no existía, al menos antes de la llegada de los romanos, porque la palabra *pagua* en vasco, el 'haya', es una adaptación de la palabra latina *fagus*.

El caserío Pagogaña Berria, propiedad de la señora que vivía en San Sebastián, era bastante rico. Al rentero, que se le llamaba con el apodo de *Sastraco*, no había más remedio que ponerle al corriente de la exploración que se pensaba hacer en el terreno.

Unos días después, don Teo, Anchoca, el afilador; Carnaval y Gorri marcharon al monte.

Gorri contó que el día de San Juan solían subir hasta la cumbre de Pagózar en romería algunos caseros y que en uno de los costados del monte había una ermita dedicada a Santa Leocadia.

El hombre añadió que él había oído decir que el día de San Juan no se podía tocar a los árboles ni cortar ramas, porque era muy peligroso para el que lo hiciera.

«Es la fiesta del solsticio», dijo don Teo.

Carnaval hizo chistes sobre el solsticio.

Gorri los llevó a todos por un camino hasta llegar cerca de los helechos, que estaban delante del prado de las piedras, sin pasar por el caserío Pagogaña, pues, según él, no convenía que se enterara nadie de adonde iban.

En los altos, los robles estaban sustituidos por hayas de hojas plateadas y tronco

brillante, y el helecho por una hierba fina de color verde pálido, donde pastaban caballos y vacas que vivían en estado selvático. A estos animales salvajes los llamaban en vasco *betizuac*.

Llegaron a la explanada, alfombrada de hierba clara y brillante; por el centro se veía un sendero apenas pisado.

Las siluetas del monte eran distintas para los que escalaban los altos de lo que estaban acostumbrados a ver desde el pueblo; se divisaban dos puntas agudas detrás de la explanada.

En esta se veía el túmulo de piedras cubierto por hierbajos. Era lo que constituía Gentil Eche, o la casa de los Gentiles.

El viejo Gorri explicó que hacía poco tiempo un pastor pretendió construir una chabola arrancando parte de las losas de Gentil Eche, y que los demás pastores y caseros de alrededor se lo prohibieron terminantemente.

También contó con mucho misterio, y a nadie se lo había dicho, que allí, a veces, aparecía un hombre salvaje, muy grande y peludo, a quien llamaban Tártalo, que daba grandes rugidos.

Él no lo había visto, pero conocía a quienes lo habían encontrado y tenido cerca.

Sin duda, esta parte del monte estaba frecuentada por gente extraña, porque se aseguraba también que aparecía a veces, por la madrugada y al anochecer, una *lamina* rubia y guapa, con pies de pato, que corría por los prados montada en un carnero.

Don Teo sonrió como si estuviera en el secreto de aquellos seres misteriosos.

Llegaron al pie del montículo. Se hallaba formado por cuatro piedras grandes que estaban clavadas en tierra y por una pequeña. Encima, cubriéndolas como la tabla de una mesa, había una gran laja de arenisca amarilla llena de hierbas y de líquenes.

Subieron a ella y miraron si el túmulo tenía alguna hendidura o agujero; pero no parecía tener ninguno.

Alrededor del montículo había una masa tupida de zarzas y de maleza, y, según Gorri, debía de tapar algún boquete por donde se podría entrar en el interior del pequeño recinto.

Vieron y estudiaron todo lo que les hacía falta para emprender la excavación, y, sin pasar por el caserío Pagogaña ni hablar con nadie, volvieron al pueblo.

ESTAS ANDANZAS las contó el Director a doña Dolores Bengoa, la patrona de mi colega don Domingo. Le dijo también cómo él había vuelto varias veces solo al monte, sin decir nada a sus amigos, y cómo se encontró con Sastraco, el hombre del caserío Pagogaña, que era un tipo desconfiado y cazurro, y pensó que sería necesario entenderse con él, puesto que ya estaba ojo avizor y se había enterado muy bien de la expedición que había hecho días antes.

Anchoca, el afilador, y el charlatán de Carnaval comprendieron, igualmente, que era indispensable entenderse con Sastraco, pues este no iba a permitir que exploraran aquel montículo de su terreno sin aprovecharse del descubrimiento y sin tomar la mayor parte del tesoro, si lo había.

Los dos compinches, Anchoca y Carnaval, estaban importunando al Director, preguntándole constantemente cuándo se iban a hacer las excavaciones, y entonces don Teo dijo que creía que aquello no tenía importancia, que se trataba de simplezas de Gorri, que era un viejo loco, y que, por tanto, no valía la pena de tomar la cuestión en serio.

El hombre de Pagogaña era terco, reconcentrado y receloso. Estaba convencido de que en el túmulo de piedras había algo de misterio sobrenatural.

La dueña del caserío había dicho que no quería de ninguna manera que se registrara el montículo. Costó mucho al Director hacer hablar a Sastraco; pero, al último, le convenció. Hizo también que Gorri se explicara con él, y les oyó a los dos, y después de escucharles, habló solo con Sastraco, y quedaron de acuerdo en que si había tesoro se lo repartirían entre los dos, y dejarían una pequeña parte para Anchoca, para Carnaval y para Gorri.

Don Teo, Gorri y Anchoca (Carnaval se había marchado a Bilbao porque le llamaron) fueron una noche con algunos instrumentos al monte, durmieron en el caserío Pagogaña, y al amanecer se presentaron delante del túmulo con el hombre del caserío.

Llevaban un farol, un pico y una palanca. Gorri guardaba, además, unas monedas antiguas, que, aunque no eran de oro, servirían, según él, para indicar con la «ormana» el sitio preciso donde debía hallarse la piel del becerro llena de oro.

Los cuatro se encaminaron hacia el montículo. Tendría este unos tres metros de largo por dos de ancho.

El casero de Pagogaña tocó un pedernal y una yesca, hizo arder unas hierbas secas y las arrimó a las zarzas que cubrían las piedras. Las zarzas ardieron, y dejaron al descubierto una grieta de unos treinta centímetros de ancho que miraba a Levante.

—Ya decía yo —grito Gorri— que habría una entrada. Voy a meterme en seguida.

Me llama el oro.

—No —replicó el Director—. Espera.

Sastraco tomó la palanca, y ensanchó todo lo que pudo la grieta; después, el Director cogió un pequeño petardo, lo encendió y lo lanzó hacia dentro del túmulo.

Poco después se oyó la detonación, y al momento salió por entre la maleza una serpiente furiosa, retorciéndose y mostrando su boca abierta y la lengua bífida y lanzando un ronquido agudo.

—Esa es una buena señal —indicó el Director.

—Ahora, ¿puedo entrar? —preguntó Gorri.

—Ahora, sí —dijo don Teo—, pero con cuidado.

Gorri se deslizó y entró con dificultad por la rendija, y quedó, sin duda, sin avanzar.

—Dadme el farol —dijo.

Le pasaron el farol.

Poco después se asomó de nuevo a la hendidura.

—No veo bien —gritó—; dadme una tea y tomad el farol.

—Cuidado —le dijo el Director—, no te vayas a ahogar ahí dentro con el humo.

Gorri, en su exaltación, no debía de oír lo que le decían.

Pasó un cuarto de hora. Preguntaron al viejo loco qué hacía, por qué no salía; pero el hombre no contestaba.

Pasaron los de fuera momentos de angustia, y luego notaron con espanto que la luz en el interior del agujero se había apagado y que Gorri no daba señales de vida. Entonces, Sastraco fue a su casa, sacó un martillo, y comenzó a hacer mayor el boquete de la entrada a golpes, y cuando pensó que la hendidura era suficiente para él, entró dentro con precaución.

Sin duda, el piso del túmulo estaba más bajo que el suelo del montículo, y era, además, fangoso.

Sastraco metió el farol, paseó la luz por el suelo, y vio a Gorri tendido y sin conocimiento. Quizá se había deslizado y caído. Estaba desmayado o había muerto sofocado por el humo.

Sastraco, al salir, dijo que habría que quitar la piedra pequeña que cerraba la entrada para poder sacar a Gorri, probablemente muerto.

Se dispusieron a hacerlo bajo la dirección de don Teo; arrancaron la losa, y, despejada la entrada, sacaron el cadáver del viejo perturbado.

La expedición había ido tomando un carácter funesto. Nadie sintió la muerte de Gorri, excepto su sobrina, una chica guapa y rubia, que lloró amargamente al verlo.

Todo el mundo se enteró en el pueblo de lo ocurrido. Se contó y se adornó el suceso con mil detalles auténticos o inventados. Se habló mucho de las iniciativas del Director, y este, que tuvo que declarar ante el juzgado, se marchó de la aldea, y volvió a los dos o tres meses.

Intentó luego recuperar sus antiguas amistades; pero hubo mucha gente que le dio

de lado.

Don Teo no quiso abandonar la casa, y el dueño de ella apeló a la justicia, y se presentaron el secretario del juzgado y el alguacil, y le pusieron todos los trastos en la calle.

Don Teo no se avino al desdén público; le quedaban tres o cuatro casas donde le aceptaban, entre ellas la de Legazpi. A menos amistades quiso poner más solicitud, y, efectivamente, su influencia en la casa de doña Dolores fue mayor que nunca, y don Domingo notó que la sombra del Director se proyectaba en su hogar. No era capaz él de defenderse, y se aisló, se amilanó y fue acoquinándose por completo.

CON TODOS LOS DATOS de la cuestión en la mano —terminó diciendo el doctor Soráiz — le hablé a mi amigo don Domingo, y le dije que me explicara sus propósitos y me comunicase qué pensaba hacer claramente, primero en relación a él y su hija, y después, con referencia a Paz y a su madre, doña Dolores.

Don Domingo, muy apurado, me dijo que aunque él tenía a veces veleidades de marcharse del pueblo y de separarse de madre e hija, comprendía que no podía hacerlo, y que su ideal sería casarse con Paz, aunque pensaba que ya no le querría, y que el cariño que ella le tenía antes se lo había arrebatado seguramente la influencia de don Teo.

—Don Chomin, no sea usted *chocholo* —le dije yo—. Si ella quiere, ¿usted se casa con Paz? —le pregunté.

—Inmediatamente.

—Bueno; pues déjeme usted que haga la negociación.

El mismo día reuní a Paz y doña Dolores, y tuve con ellas una larga conferencia. No hubo en mí ni el más remoto asomo de sentimentalismo. Lógica, sentido práctico y hasta, si quiere usted, discurso del médico y crítica de la razón pura. Recordé cómo se debía hacer una intervención, según aforismo de Celso que nos recomendaba el profesor de terapéutica de San Carlos: «Cito, tuto et jucunde», ‘Rápida, segura y alegremente’, y manejé la lógica como un martillo.

Por la noche, la cuestión estaba decidida. Don Domingo se casaba con Paz.

Al irme de la casa de Legazpi, le dije a mi compañero: «Vamos, don Chomin, que usted también es un buscador de tesoros, y ha tenido usted la suerte de encontrar uno».

Mi amigo me abrazó, y creo que me dejó una humedad de lágrimas en el cuello.

El chamanismo desaparecía de los alrededores, y el Director se marchaba con la música a otra parte.

Don Teófilo Ibiricu vivió algún tiempo en Bilbao; Carnaval hizo fortuna, y Anchoca, el afilador, fue llevado a la cárcel por haber disparado un tiro a un hombre en su tienda.

El casero de Pagogaña, Sastraco, intentó, pasado el tiempo, abrir por completo el túmulo y registrarlo en compañía de un chico suyo de catorce o quince años; pero no se encontraron en el interior más que huesos y piedras, y el muchacho tuvo la mala suerte de que se le cayera una losa al pie y quedara cojo para siempre.

Desde entonces, el montículo de Pagogaña pareció a la gente de los caseríos próximos algo de muy mala suerte, y no hubo en él más tentativas de exploración por los buscadores de tesoros.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

*Real Academia de la Lengua desde 1935.*